

ARS

Nueva era | Número 2 | 2011

*Edición del centenario
del Primer Grito de Independencia*

SECRETARÍA DE CULTURA DE LA PRESIDENCIA
DIRECCIÓN NACIONAL DE INVESTIGACIONES EN CUENTAYARTE

ARS

Nueva era | Número 2 | 2011

Revista de la Dirección Nacional
de Investigaciones en Arte y Cultura
de la Secretaría de Cultura de la Presidencia

SECRETARIO DE CULTURA
Héctor Jesús Samour Canán

**DIRECTOR NACIONAL
DE INVESTIGACIONES EN CULTURA Y ARTE**
Sajid Alfredo Herrera Mena

DIRECTOR DE «ARS»
Ricardo Urdó

CONSEJO CONSULTIVO DE «ARS»
Astrid Bahamond Panamá
Salvador Marroquin
Romeo Galdamez
Jorge Dalton
Jorge Galán
Fidel Cortez
Jacinta Escudos
Ricardo Roque Baldovinos

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
Pablo Menacho
Cubre una idea de Lisette Rivier
y Roberto Amoyal

ARS, ante su fin, fue el título de una revista
de la extinta Dirección de Bellas Artes
donde dejaron su huella Claudia Lora, Salarvick,
Maja Vidar... que dio cabida a lo nacional,
y a lo cosmopolita.

Reformamos el título y retomamos,
en la medida de nuestras fuerzas,
algo de la fe que la hizo crecer.



Contenido

3 Editorial

5 Dos poemas escultos
Raúl Contreras

A través de un alma
(Relato olvidado de Arturo Ambrogi)

9 Presentación
Ricardo Roque Baldovinos

13 El texto
Arturo Ambrogi

23 Presidente Obama ante
la tumba de Monseñor Romero

25 Misa salvadoreña
Guillermo Cuellar

29 Arte delgado, misterioso, subterráneamente religioso
Mario Vargas Llosa

31 Maternidad negra
Jacinto Escudós

38 Surplus
Javier Kalle

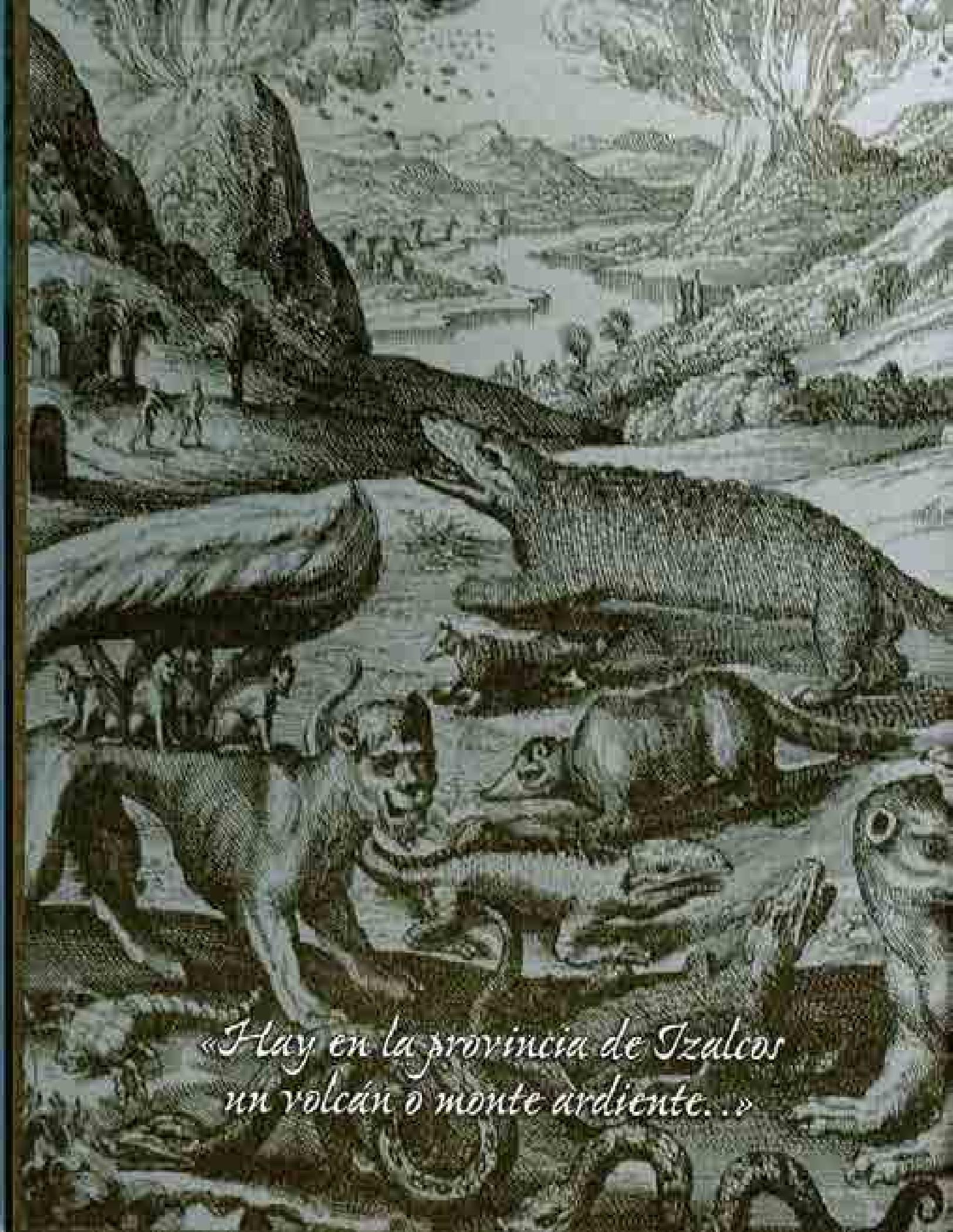
43 Rancurónio
Manuel Vicente Henríquez

48 Loop-hole
Diego Boquin

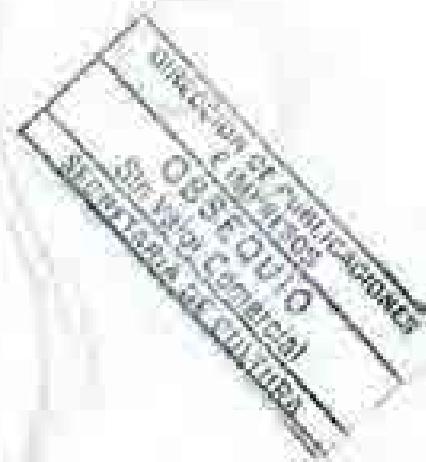
50 Solo
Sandra Stivella

53 Dos textos
Henni Michaux

54 LIBROS



*«Hay en la provincia de Izalcos
un volcán o monte ardiente...»*



Editorial

Doscientos años y treinta años. Doscientos años han transcurrido de aquellas revueltas en la provincia de San Salvador que resume una campana y que sitúa a nuestro país como pionero del movimiento independentista en Centroamérica. Treinta años han transcurrido desde aquel ominoso día en que un obispo cayó frente al altar con una hostia en las manos y una bala en el corazón. Fuerza es, por tanto, arrojar una mirada hacia el pasado.

En conmemoración de lo primero situamos aquí un poema, a *swaha* de don Raúl Contreras. Sabíamos que existía, pero lo creíamos perdido para siempre. Reapareció milagrosamente en internet. El Harry Potter que nos lo facilitó fue el joven cibernauta y periodista Héctor Durón Benítez y a él debemos agradecerse. A nuestros independentistas no les hubiera agradado leerlo y muchos no estarán de acuerdo con el espíritu que lo anima, pero lo publicamos no sólo por el nombre del autor sino también por la altura de su inspiración. Nadie niega hoy que la conquista de América fue genocida, pero aquella visión de buenos indios y malos españoles que dieron a mi generación en los colegios de una lejana infancia se ha vaciado de su sentido. Los pueblos aborígenes del continente (del latín *ab-origen*, desde el origen) o, como se prefiere hoy decir, los pueblos originarios, no solamente no se vie-

ron favorecidos con la llegada de la independencia; por el contrario, su sometimiento continúa aun hoy en gran medida en la mayor parte de América. La independencia, con sus defectos y virtudes, fue obra de la nueva raza de los criollos y a ellos favoreció principalmente. Y aquel inculcado y artificial odio a España se fue con el fútbol. La mayoría de los salvadoreños aplaudió el triunfo de España en el campeonato mundial y se inclinó por uno u otro de los equipos emblemáticos de la península. Junto a este poema reinédito situamos uno inédito del mismo autor, una carta-poema que apareció entre los papeles póstumos de Hugo Lindo. Es por demás adarar que ninguno de los dos se encuentra en la obra poética de don Raúl Contreras publicada por la Dirección de Publicaciones e Impresos con motivo del centenario de su nacimiento.

Junto a los versos de don Raúl situamos otras olvidadas páginas, un cuento de don Arturo Ambroggi que recoge y prologa el Dr. Ricardo Roque, investigador de la Secretaría de Cultura.

La conmemoración de Monseñor Romero ha sido más que americana, planetaria. La fecha de su muerte es hoy el Día de la Verdad en el mundo por decisión de las Naciones Unidas y el primer Presidente negro de los Estados Unidos fue a rendirle homenaje ante su tumba. Recordemos asimismo que está en vías de canonización y que un Papa en vías de canonización fue, en su

momento, a inclinarse ante sus restos mortales. Reproducimos aquí las palabras del mandatario norteamericano y dos imágenes de *Via Crucis* que se encuentra junto a la tumba de Monseñor, obra del artista salvadoreño Luis Lazo. Y reproducimos la *Misa Salvadoreña* que el Arzobispo Romero encomendó al compositor Guillermo Cuéllar.

Leeremos asimismo un texto que Mario Vargas Llosa, novelista peruano-español y Premio Nobel de Literatura de 2010, dedica a la artista salvadoreña Negra Álvarez. Y leeremos luego un cuento de nuestra compatriota Jacinta Escudos aparecido en una antología en francés de la nueva narrativa latinoamericana. La antología, por cierto, va precedida de un prólogo de Vargas Llosa. Se llama *Bonnes Nouvelles d'Amérique Latine*, lo cual constituye un juego de palabras. En efecto, esto puede ser traducido "buenas noticias de América Latina" o bien "buenos cuentos de América Latina". Es publicada por Gallimard, la emblemática editorial que lanzó al mundo las vanguardias literarias y filosóficas del siglo xx, el surrealismo, el existencialismo... Es la segunda vez, a décadas de distancia, que Gallimard publica un texto de origen salvadoreño. También el anterior era de una mujer, la novela *Oppède de Consuelo Suncin* de Saint-Exupéry. Nos hace ver Jacinta que Centroamérica se halla asimismo representada en *bonnes nouvelles* por el guate-

malteco Eduardo Halfon y el costarricense Carlos Cortés, cuando lo habitual es que las antologías salten directamente de México a Colombia.

Avanzando en las páginas de *ars* encontraremos a tres jóvenes narradores, Javier Kafie, Manuel Vicente Henríquez y Diego Boquín, abriendo con acierto literario muy distintas puertas al dolor del mundo. Y veremos una muestra de la obra de un gran fotógrafo, Sandro Stivella, en un brevísimo fotocuento.

Antes de entrar a la sección de libros nos esperan dos textos del poeta belga-francés Henry Michaux, traducidos por el salvadoreño Leo Arguello, cuya "microbio-grafía" como él le llama se tragó la computadora a la hora de la impresión de *ars* 1. Nos daba entonces una traducción de Saint-John Perse, poeta francés nacido en el Caribe.

Párrafo aparte merecen las fantasiosas ilustraciones tomadas de *Los viajes*, "best seller" del pasado, obra del editor De Bry. Bajo el nombre de *América* fue reproducido por otro editor ilustre, el actual Conde de Siruela. A través de estos bellos grabados los europeos de los siglos xvii y xviii creyeron conocer la realidad americana. Entre ellos se encuentra uno dando cuenta de la Provincia de los Itz'atcos... Junto a estos grabados situamos otras ilustraciones provenientes de nuestro mundo prehispánico y obras de artistas salvadoreños de hoy. Y, sin más, les dejamos con este rico botín.



2

poemas ocultos de Raúl Contreras

A España

*Madre vieja y gloriosa, madre altiva y pujante
—que enfocaste el reflejo de la luna menguante
con la luz cegadora de tu espléndido Sol,
y, por dar a otro mundo tu alma fuerte y brava,
en las vastas montañas de la América más
injerdiste la vara del orgullo español.*

*Si la indígena flecha se emborizó en la cozada
y en la tul venecidora fue tu hispánica raza,
dos progenies en una se fundieron después;
¡si aborígenas somos, nuestra sangre es ibérica,
mitad alma de España, mitad alma de América,
en nosotros reviven Moctezuma y Cortés!*

*Parque somos tus nietos nuestra estirpe es preclara,
Eres ala materna que nos cubre y ampara,
y las hondonas latidas de tu gran corazón
hullan con en el nuestro, donde hierve y palpita
el calor generoso de tu sangre bendita
y la hidalga nobleza de tu innato blasón.*

*¡Salve España! Por grande, por hermosa y por buena,
tu renombre en la historia del planeta resuena
con la nota sonora de un guerrero clarín,
como nadie atrevida, por ninguna igualada,
con la cruz en el pecho y en la diestra la espada,
recoriste, del mundo, triunfalora, el confín.*

*¡Salve España, que evocas la gloriosa leyenda,
la epopeya admirable de una hazaña estupenda
que, en los siglos futuros, será luz de tu ayer!
Sembradora proficua de la eterna simiente,
en exuberantes campos, a tu soplo potente,
no jardín de heroísmos empezó a florecer...*

*En distantes países, en umbrosas montañas,
sobre picos monstruosos de rugientes entrañas,
se ins, a todos los vientos, tu bandera flotar
y las frágiles proas de tus tres carabelas
imprimieron, audaces, luminosas estelas
en el limo crispado del Atlántico mar. [24]*

*¡Salve España! En el alma de la América vibra
el hervor idealista que injerdiste en su fibra,
tus virtudes excesivas, tu indomable valor,
y por ser de tu tallo los legítimos brotes,
vuelta el alma a la aurora, como viejas quijotes,
hiltamamos quimeras y locuras de amor...*

*Te calumnian, oh madre!, te denigran aquellos
que se sienten cegados por los durcos destellos
de tu altísimo nombre, diademado de luz,
los que ensudían tus hechos legendarios y grandes
y tus brazos marinos y tus tercios de Flandes
y el flamígero rayo que brilló en tu arcabuz.*

*¡Quién, cómo, podría deslustrar tu nobleza?
¡Sólo España ha podido realizar la proeza
de tocar el arcano de los mares, en pos
de un fantástico ensueño, de una enorme utopía,
desafiar a lo ignoto, sin más brújula y guía
que el valor de su pecho y el amparo de Dios!*

*¡Sólo España ha podido, unanizando un arado
gigantesco, en las tierras del dormido pasado
abrir surcos en donde germinó el porvenir;
ser la fuerza creadora, ser el vientre fecundo
que al dar vida a los pueblos que componen un mundo,
en la nueva progenie quiso su alma exprimir!*



*Alma noble y férrea que nunció a la murmuración
en vez de la arrogancia de Iberia
que no puede quebrarse ni se doble jamás,
corazones fundidos en los mismos cráneos,
en el trípode surgen unos más españoles
como riza que trenza del felino quetzal.*

*¡Porque alienta en nosotros el vigor de los brazos
que en Segovia cupieron para no ser esclavos
y en París mostraron la fuerza de un león
porque quienes cruzaron los mares y cielos
—argumentos sublimes— fueron nuestros abuelos,
en la estela colosa de Cristóbal Colón!*

*Nada importa que ahora en ruina vivamos,
si a tu pecho morano siempre armados estamos,
como el hijo a la madre, por un lazo filial,
¡el tenemos por nuestras las hazas brillantes,
si el idioma en que hablaron Calderón y Cervantes
es también nuestro idioma, nuestra lengua inmortal!*

*Nuestros viejos valientes con su voz rugidora
—cívicos trompetas— te saludan ahora—
Ellos vieron el casco del guerrero español
y su fuerte armadura y su férrea lucha
y, a sus pies, contemplaron, en sangrienta batalla,
empujarse la tierra de frutero arbol. [25]*

*Ellas vieron, angustiadas, desfilir la conquista,
¡No han poder que a los arautos castellanos resista;
son de un día invisible la afilada seña,
a su empuje, las tropas caen rotas por tierra,
y en el llano, en la cumbre, se oye un grito de guerra
que estremeció a la América, desde el Norte hasta el Sur!*

*Moctezuma, Atahualpa, Nuerao, Lempián—
El autóctono imperio del indígena español,
que Cortés y Pizarro, son como un hazcán;*

*a su posesión, haiden, astas y haiden
y, cual maraca sagrada, con los mollos que mudaron
ofuscando su gesto, como Copalimán.)*

*Más, de aquella conquista que de un mundo fue cuna,
¿cómo quedan dos razas confundidas en una
preguntando la gloria de una empresa vital?
¡Nuevo día despierta, cuyos tibios alambres
doran ya los picantos donde miden los cóndores,
los pláncas a donde nunca trepa el reptil!*

*A la sombra intolada de un bosquecillo de laurel,
bajo el sol de los trópicos, duermen ya las centonas
cuyos brazos hicieron nuestros selmos temblar;
¡ya no brillan al sol los dos mollos aceros,
las perlas negras de los bravos guerreros
que, buscando fortuna, se lanzaron al mar!*

*¡Pero viven sus almas, que es el alma de España!
¡Vente pueblos nacieron de la humilde hazaña!
¡Vente pueblos son fruto de la impetuosa aud
Luzaron de la sangre que aglutina la vida
que perdura en los tiempos y el espíritu crea
de un Bolívar, que lleva la palanca del Cid!*

*¡Salve España! Tu anhelo, por los dones que en tierra
es como un paraíso transportado a la tierra,
un valle de arroyos donde crece el laurel,
tus canciones son ecos de profundas sanidades,
e iluminan el espíritu de los viejos (ciudades
ano, canto, heroísmo, luz, mujeres y miel—*

*¡Salve madre gloriosa! ¡Salve España triunfante!
Mientras haya en la América un pueblo que cante
y unos latidos que recen en idioma español,
mientras alzan los pueblos, que el solón amanece,
¡no habrá raza más grande que tu ibérica raza,
ni habrá luz que más brille que la luz de tu Sol!*

El texto fue su autor modelado basándose en el texto Real de Madrid, el día 12 de octubre de 1904,
para solemnizar la Fiesta de la Raza.

Imprenta Minotopoi, Madrid 1905, páginas 23-25)



Carta sin sobre a Hugo Lindo

En Madrid, solsticio de verano de 1962.

*Hijo del viento, zarcidor de estrellas,
Gorgonite de oro que afusó el crepúsculo,
Río de miel que desbordó su cauce
Pájaro suelto,*

*Tú, que preguntas al viento sin cuerda
El secreto peribulo de las horas
Y que en los ojos que el azul no baña
Lágrimas viertes*

*Tú, que curdas los hilos de la sombra
Y pides al abismo que te abisma,
Rumias las voces que mi plectro rumia
Tras la ventisca,*

*Desde mi valle, donde el sol ya frío
Entumescen los últimos rosales,
El son de una campana que no suena
Te da sus sones.*

*Hermano o hermana dialoguemos. Somos
Raíces que se agazapan y aproximan,
Con el débil caudil que nos alumbran
Vamos a tientas.*

*¿Cuál el camino que envolvía la aurora
Y era un índice en alta? ¿Cuál el runido
Que daba runido a una señal? Nos siguen
Los pasos muertos...*

*El agua que regaba tu espejismo
Regó también luceros. Unió a uno
Las recogiste y al hurgar sus repos,
Tu luz quemaste.*

*Pero tu fiebre alimentó el rescaldo
De un brillo de luciérnagas: el brillo,
Que, hallándose tan cerca, se distancia
Como los ecos.*

*Peregrinando, humedeciste el barro
Con la savia imposible del ensueño;
Colmaste de rocío tus similitudines
Hechas de lluvia.*

*Yo, perdí el agua que guardaba el peso
De un jardín. Con la sequía, el alba
Ardió en la arena y me dejó una leveza
Presencia de humo.*

*Árboles que bajaron de la cumbre,
Venos la playa: una promesa de olas.
Nos laime las raíces; más, los ramos
¿A dónde fueron?*

*Cayó sobre nosotros la flozidad
Del tiempo, entre los pájaros de hoguera
Silbanos como niños, ¿Qué presagio
El cojo trino?*

*Aquel cantar que devoró la rumba
De la ilusión... En el temblor del aire
La música sin tambor se adhiere
Como un perfume.*

*Como un perfume de trancielos extintos
Sepultos en el hueco del olvido.
Saba las rosas que no fueron nunca
Sentirlo pueden.*

*Ya ni siquiera la canción de otoño
Pinta dormidas mariposas. Llegan
Los silencios de un algo que se ha ido
A mi silencio.*

*Nieve en la cima, y el sopor de un charco
En la llanura que prolonga el viento...
Va mi fatiga dialogando a solas
Con tu fatiga.*

*El mar... yo lo atañé como se atañe
La presa codiciada; fui a su encuentro
Y el vino al mío; acaricié su borde
De espuma verde.*

*Juntos hicimos el temprano viaje
Al límite redondo de la esfera;
Pero la orilla que tocamos sólo
Era otra orilla...*

*El espacio... yo el volar los ángeles.
Con las alas inversas; sus pupilas,
Ausentes de la luz de otras soles,
Miraban ciegas.*

*El horizonte... su engañosa línea
Me apremió entre su círculo. No pudo
Encontrar, en la curva, una invisible
Puerta de escape.*

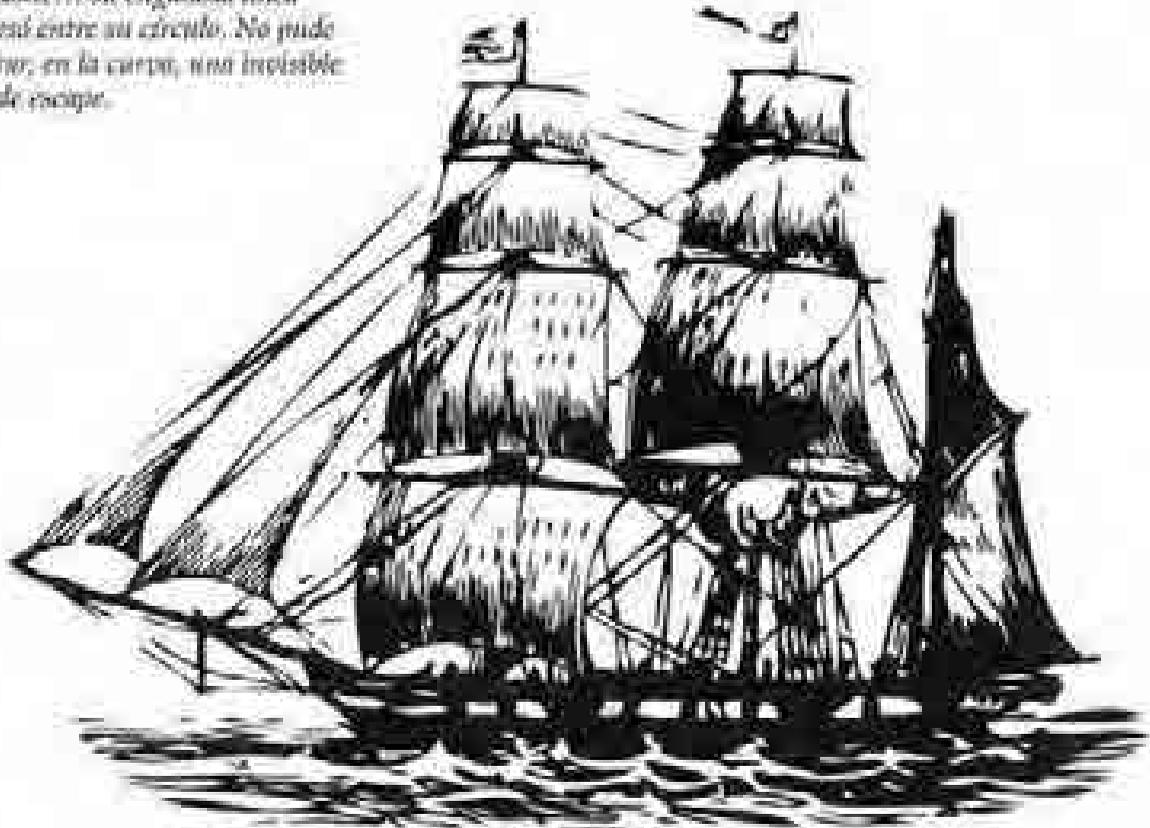
*El cielo... yo lo tuje en mi transformación,
Siempre invisible. Se quebró en el primer
El cristal de su imagen, sin figura
Como lo inmóvil.*

*Cielo, horizonte, espacio, mar... El claro
Misterio inútil, la planicie donde
Danza un fantasma, similar al nuestro,
Que ríe y cruje.*

*Desde mi valle, sin moverme, cuando
De las hojas caídas que se extienden
Como un cubierto, la ventisca corre
Sobre mis huellas.*

*Y aquí espero, aquí aguardo. Tardando
Con el asombro de saber que nadie
Va delante, apartándose la niebla,
Para seguirle...*

¿La misma niebla que tú ves, hermano?



A través de un alma

un relato olvidado de Arturo Ambrogi

Presentación

RICARDO ROQUE BALDORVINOS

Arturo Ambrogi nació en San Salvador en 1875. Hijo de un inmigrante italiano y de madre salvadoreña. Constantino Ambrogi, el padre, había sido un comerciante inventivo e exitoso que llegó a convertirse en un popular general durante las batallas decisivas del bando liberal. Aunque la situación pecuniaria de la familia fue bastante desahogada, su estatus era menos cierto y esa paradoja marcará al joven Arturo quien buscará en las marcas del dandysmo moderno una compensación a su insegura pertenencia a los círculos de la alta sociedad salvadoreña. Desde muy joven muestra una decidida vocación literaria y cuenta con apoyo familiar para realizarla. Desde adolescente publica en periódicos, se embarca en empresas editoriales y llega contribuir en revistas literarias de difusión internacional, lo que logra gracias al apoyo de figuras consagradas como Rubén Darío. Entre 1894 y 1895 dirige un periódico semanal de carácter literario denominado *El figaro*, al parecer sufragado por medios propios. Llega a contar con colaboraciones de las figuras más notables del mundo literario hispanoamericano del momento. El propio Ambrogi escribe allí usando su nombre propio o bajo distintos pseudónimos: Conde Paul, Cirrus, Nimbus, Stratus, etc... En ese espacio, Ambrogi celebra el advenimiento de la cultura cosmopolita y las modas literarias modernas, asimismo, se asigna la tarea de explorar los ambientes urbanos y, especialmente, sus misteriosas periferias en busca de tipos novedosos que encarnen la modernidad. También a ya de esa época descubre el campo, sus habitantes, y se atribuye la tarea de idealizarlos y en convertirlos en objetos de exaltación poética para la imaginación nacional en proceso. A lo largo de su vida, publicó varios libros, estuvo ligado a figuras de poder, fue "secretario privado" de varios presidentes y censor de la prensa. Murió en 1936, a los sesenta y un años.

Max Henríquez Ureña llama a Arturo Ambrogi "el benjamín del Modernismo" y señala su talento como cronista de tono ligero. Su es-

tatuto marginal en el canon modernista hispanoamericano deriva de esa caracterización. Al igual que su casi contemporáneo, el guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, no cultivó nunca el verso y definió su identidad literaria como "cronista". De hecho, la crónica era vista por la generación que se estrenó a finales del siglo *xix* como el género por antonomasia de la modernidad, ya que se proponía el registro minucioso y exhaustivo de la aceleración del tiempo propio de su advenimiento. No es sino hasta la constitución del canon modernista, a partir de la tercera década del siglo *xx*, que la crónica se margina en detrimento de la poesía y el relato breve de ficción. La importancia de la crónica como género literario híbrido donde se realizan las síntesis propias del complejo y contradictorio proceso de modernización de América Latina, ha sido valorada hasta muy recientes fechas, principalmente en el trabajo de críticos como Julio Ramos o Susana Rotker.

En la literatura salvadoreña, la figura de Ambrogio gozó de gran prestigio y admiración en la primera mitad del siglo *XX*. A mediados de la década de 1950, en los años de los gobiernos militares modernizantes de Osorio y Lemus, su obra se reeditó y difundió ampliamente, gracias en parte a la admiración que le tributaba Ricardo Trigueros de León, impulsor del proyecto de editorial oficial. Se admiraba en Ambrogio su cualidad de estilista y la ironía y modernidad de su prosa. Las filiaciones políticas reaccionarias de Ambrogio le hicieron perder brillo en la reescritura del canon literario salvadoreño de la intelectualidad nacionalista de izquierdas que dominó la escena literaria a partir de 1950, conocida también como la generación comprometida. A partir de entonces, se veía más bien a Ambrogio como un eslabón que explicaba el paso de una escritura cosmopolita modernista a la llamada literatura vernácula o costumbrista y como un antecedente de la escritura de lo nacional-popular. No es casualidad que a partir de entonces sus obras

más apreciadas hayan sido *El libro del trópico* (publicado por primera vez en 1907, pero conocido a través de una edición extensamente revisada y ampliada de 1918) y una recopilación póstuma de sus cuentos de tema vernáculo, *El jetón*.

La edición de 1907 de *El libro del trópico* conlleva entre las obras publicadas de Arturo Ambrogio "A través de un alma"; entre su ópera prima *Ribelaís* (1893) y *Cuentos y fantasías* (1895)¹. No hemos podido determinar si esta *nouvelle* se llegó a imprimir como volumen separado, pero si hemos localizado una versión en *El figaro* en el número correspondiente al 15 de septiembre de 1895. Se trata de un cuento largo que sigue la moda francófila del relato licencioso. Nuestro autor y el grupo de jóvenes escritores que agrupa *El figaro* (Juan Antonio Solórzano, Luis Lagos y Lagos, Ismael G. Fuentes, Vicente Acosta) flirtean con el decadentismo, y dan a conocer allí atrevidas composiciones en verso y prosa. El hecho de haber elegido como protagonista a un seminarista en quien las expresiones de devoción van entrelazadas a la represión de la libido, hacia eco de las discusiones intelectuales contemporáneas y podía interpretarse como un ataque a la Iglesia Católica, la cual pese a haber perdido mucho de su poder efectivo tras sucesivas reformas liberales, seguía teniendo peso en dictar la conducta a las élites en el terreno de lo privado, especialmente en lo concerniente a la sexualidad. El hecho de que la publicación de este relato se diera el propio día de la fiesta nacional de independencia, pudo constituir una provocación. Estos desafíos abiertos a la moral dominante, no son escasos en *El figaro* y contrastan con el tono más recatado y edificante de otras revistas literarias salvadoreñas de finales de siglo. Hay razones para sospechar que el súbito cese de la publicación de *El figaro*, apenas unas

1. Cf. Ambrogio, Arturo. *El libro del trópico*. San Salvador, Samuel C. Dawson, editor, 1907, p. IV.

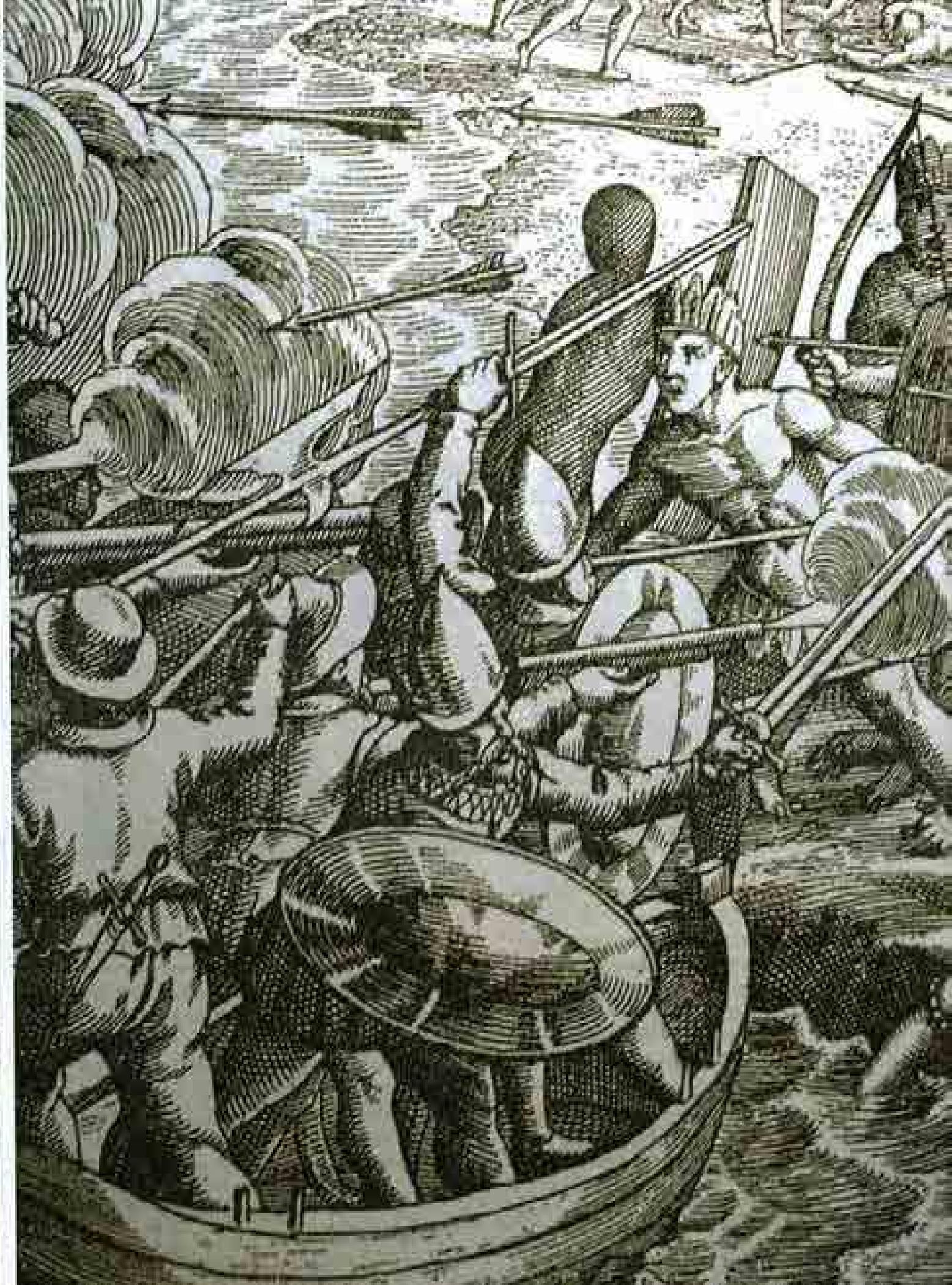


semanas después de a la aparición de este relato, pudo ser resultante de estos continuos y cada vez más atrevidos desplantes. Sin embargo, no estamos más que conjeturando sobre este asunto pues no hemos podido encontrar evidencias de que hubiera reacciones indignadas o siquiera adversas hacia los escritos del joven Ambrogi.

"A través de un alma" atestigua pues los profundos cambios de sensibilidad que El Salvador estaba experimentando a finales del siglo *xix*. El espacio de enunciación abierto por la literatura modernista permitía de hecho la expresión más

abierta de la sensualidad, en especial del erotismo, aun cuando en el nivel más patente de la trama se terminara por hacer concesiones a la moralidad burguesa; Andrés, el protagonista, regresa al retíl y sus "excesos" son vistos a través del cristal de los discursos sobre la historia y la sobreexcitación psíquica, muy en voga en esos días.

Se ha establecido el presente texto corrigiendo sus erratas más visibles y adaptando su puntuación y ortografía a las normas vigentes, con el fin de facilitar su comprensión a los lectores contemporáneos.





El texto: «A través del alma»

ASTURO AMBROSIO

Andrés era un buen creyente. Nacido en un rincón apartado de una provincia, en un pobre pueblo, su madre, mujer muy religiosa, supo darle una educación ejemplar. Haciale asistir a casa del cura, todas las tardes, a aprender la doctrina y a los siete años hizole recibir la primera comunión, en toda regla y con gran alegría. Antes de acostarse, hacia el chicuelo, que por entonces no pensaba más que en los trompos y en los barriletes, rezar una media docena de salves a la Virgen María, y por lo menos tres padres nuestros al buen Dios, a aquel señor de profusa barba blanca y nariz aguilena que veía siempre en la iglesia, a la hora de la misa, y que se resguardaba bajo un gran camarín de cristales y molduras doradas. Al levantarse, por la mañanita, a la hora fresca y perfumada en que el sol nace y se abre el broche durmiente de las flores y en el establo las vacas mugen, mientras las ordeñan, y balan las ovejas mansas y es el corral una greguería espantosa, Andrés, de rodillas sobre las removidas sábanas, despertándose aún, restregándose con el dorso de las manos los ojos ofuscados y reacios a la luz que inundaba la estancia, daba gracias a Dios, "nuestro señor", por haberle concedido la gracia de pasar una noche buena y amanecer con felicidad.

Y así fue su vida de chiquillo: dada al juego y al rezo, a la travesura y al respeto. Con la última ráfaga de un credo entre los labios, rezado después del desayuno, salía el chico al patio, a todo escape, revolviendo los anchos bolsillos de su saco de dril inglés, que era el arsenal de infinidad de baratijas; sacaba su trompo, mientras los compañeros, los buenos chicos de las vecinas, trazaban sobre la tierra seca, con un tejo y con una habilidad suma, la figura rara de una enorme pasarraya. Después, al almuerzo, comía rápidamente, a todo vapor, como si lo

precisase alguien, y con el último sorbo de café, tomaba de encima de su cama su sombrero y su libro de Ripalda y se iba a casa del cura, a aprender la religión. Al salir de casa se unía a la turba de muchachos y se iban al viejo convento, todos juntos, unos silbando, otros jugando a las chibolas, mientras el sol ardía en los techos de las casas, reverberaba en los charcos de las calles y agostaba la hojarasca de los árboles.

Andrés era un pobre inocente. No había para él más mundo que su pueblo, casa más feliz que la suya, mujer más buena que su madre, ni más muerto querido, en el pobre cementerio del pueblo, que su padre. Su hermanita Clara era un ángel; pero estaba aún muy niña. Había nacido doce días después de sepultado el padre, y aún ni balbucea ese "¡mamá!" "¡papá!" que se recoge con besos locos y arrebatados de entre los labios temblorosos, inciertos y torpes.

Tranquila se deslizaba la vida de Andrés, en medio al campo solemne, entre flores, entre follajes, al arrullo de las canciones de los pájaros y al murmulio del cercano río, que serpeaba entre césped; crecía, se desarrollaba ese cuerpo consagrado a Cristo, esa alma candorosa ofrecida en holocausto a la Virgen María, esa copa de pureza. Se impregnó de perfumes silvestres, respiró aires sanos, aprendió a leer en el pétalo de un rosa y a descifrar misterios y adivinar enigmas en la lámina azul y brillante del cielo primaveral y en la onda juguetona y parlera de un arroyo. Gustaba de sumirse en contemplaciones. Era un devoto de la Naturaleza. Alababa a Dios, que hacía fuertes a los árboles y daba pan tierno para sus bocas. Cuando cantaba un pájaro, creía columbrar a través de ese bullente tropel de notas la boca roja de un ángel blanco, de espléndidas alas, que cantaba en honor a su Dios. Antes que a leer, Andrés aprendió a sentir. Su pobre alma, golondrina tímida que no se atrevía a abandonar el tibio nido, se abrió a ese poder que arrebataba a las almas predestinadas. Se despertó asustada. ¡Tembló! Y luego, palpitó

mansamente, sin precipitación. Se abrió, y fue devota de esa gran religión universal. Fue con paso tímido al gran bosque anciano, bajo cuyo espeso domo de follajes se alza el altar, limpio de imágenes, y derramó sus flores de ensueño, y sus capullos de esperanzas a los pies de esa ignota idea, de esa que sentimos pero no nos explicamos. A través de los ramajes, brillaba el sol y la resina de los enormes pinos tenía olores de mirra oriental. Arpa era el ramaje tupido de la ceiba vetusta y orquesta sagrada la jocunda algarada de los pájaros en las frondas rumorosas.

Cuando el niño cumplió dieciséis años, la madre, la buena doña Juliá, pensó en realizar sus proyectos tan acariciados. Pensó en hacer de Andrés un sacerdote modelo, un ejemplar cura de almas. Y lo llevó al Seminario de la ciudad cercana, cabecera del departamento. El viejo rector, anciano respetable de cabellera en que ya nevaba el tiempo cruel, recibió limpia e intacta esa oveja de Dios, que debía poner en seguro camino, encaminarla de la mano hacia la luz. Aprendería a amar a su padre santo sobre todas las cosas. Y comenzó a cursar preparatorios, para luego entrar formalmente a la carrera eclesiástica. El muchacho, criado en libertad, en el campo libre, se resintió primero de aquella vida claustral. Pasó los primeros días silencioso, huraño, taciturno. Buscaba la soledad y evitaba las conversaciones. A la hora de los estudios, tomaba su libro y se iba a sentar en algún rincón de los corredores desiertos o bajo alguno de los árboles frondosos del patio. En clase, cuando el domine declamaba el latín, tenía largos espasmos de soñador. A través de los cristales limpios, columbraba un trozo de cielo azul. Y su imaginación se iba triscando a su pedazo de montaña. Iba entonces en correrías, cogiendo nidos y cortando frutas. Iba al río y creía zambullirse en su linfa clara y fría. En la cara del maestro, creía descubrir el rostro risueño del papá muerto. Y el muchacho suspiraba y su alma se refugiaba en una vaga neblina de tristeza.

Ese fue el noviciado. Luego, Andrés se acostó a aquella vida de privaciones; estudió mucho y aprendió más. Oraba mucho y por su fervor religioso y su conducta ejemplar se hizo querido por todos. Se hizo muy devoto de una hermosa Magdalena, que dentro de un camarín de cristal estaba en la capilla. Se pasaba horas enteras, con su libro debajo del brazo, rezando ante esta divinidad, que en vida había amado como aman todas las mujeres, había gozado como todas deben gozar, libremente, despilfarrando su vida jovialmente. Aquella imagen le perturbaba, le embobaba los sentidos. Ya no podía pasar sin contemplarla. Todas las mañanas la veía, y llegó el amor, el amor santo y puro, a germinar en esa alma hecha de zumo de azahar y polvos de lirio. Despuntó al alba el capullo cerrado que se desarrolló bajo la caricia de esos ojos sin luz, al amor de las sonrisas de esos labios muertos. Luego, a la hora de la tarde, se abrió el botón. Se desgajaron los pétalos y en el fondo de las apretadas redondeces, brilló una perla de rocío; lágrima de Flora. El amor era ya verdadero. La silueta de esa Magdalena sonriente, de rizosa cabellera negra y perfumada y de cutis color de pétalo tierno de rosa, no se borraba del fondo de su pecho. Iba allí, como dentro de un relicario. Cuando entrecerraba los ojos, presa de una somnolencia mística, veía que esos labios inmortales le sonreían con pasión. ¡Ah! Ese amor imposible era devastador. Consumía lentamente al pobre novicio que estaba ya por ser neofito. Era una obsesión terrible; un sueño imposible.

Una noche se acostó, presa de una fiebre nerviosa. Soñó con ella, con esa virgen cruel que lo inducía al crimen. Soñaba que ella, desde su trono de nubes, le llamaba y que él iba a ella. Sintió que le brotaban alas y que su cabeza se circula del nimbo de luz del predestinado. Y llegó a besar atrevido esos labios que pedían el mordisco y hacían señas provocativas al beso dormido. Desfloró esos labios vírgenes. Y ella tuvo para él, el castigo de corresponder a su beso. Quiso asirla fuertemente, con frenesí, escucharla contra su

pecho como queriendo fundirla en sí mismo; y la Magdalena, la novia blanca, la virgen clemente, desapareció, se borró como se deshace en el ambiente el humo del incensario, como se borra, al ímpetu de la ola, el nombre amado que trazó sobre la arena el tosco bastón de un peregrino. Se despertó sobresaltado. Su nariz se inflaba lasciva. Suspiros entrecortados brotaban de su pecho palpitante e inquieto. Una lámpara alumbraba el camarín donde un San José rubio velaba su sueño y les bendecía con su mano siempre levantada e inmóvil. Su cama estaba sumida en la penumbra. Y Andrés tuvo un pensamiento fatal. Se vistió su hopalanda negra, metió sus pies descalzos en unas pantuflas y cauteloso, lleno de miedo, logró escaparse del dormitorio sin hacerse sentir de nadie. Ya en el corredor, tuvo un brusco arrepentimiento, quiso volver sobre sus pasos, irse a la cama, azotar con oraciones esos deseos sublevados, echarse todo al olvido; pero venció al deseo en perspectiva, otro deseo sutil de sibarita, un capricho voluptuoso de mundano. Atravesó corredores desiertos. El ruido de sus pisadas sonaba seco, ruidoso, y le daba miedo; temblaba. La luna, llena, hermosa, tendía su manto de plata sobre el vasto patio y daba a los grupos de árboles aspectos fantásticos. El grillo chillaba oculto entre las piedras y, de cuando en cuando, el canto agorero del búho hería el silencio con sus notas tristes. Cuando había logrado ya ganar la puerta de la capilla, sintió tras él como ruido de pisadas. Volvió lleno de espanto la cara y no vio nada. ¡Ah! ¡Y él, que pensó que alguno de los reladores le había avanzado! Nadie descubrieron sus ojos. Todo estaba solo, triste, sepulcral. Llegó a creer que alguien, recatado, le seguía y vaciló en abrir la puerta de la capilla. Después de reflexionar un tanto, corrió las hojas de cristal y abrió la puerta. ¡Allí estaba ella! En el altar ardía una candelita que daba una luz mortecina, una luz vaga que hacía tomar a la capilla un aspecto lúgubre. Marchó hacia la Magdalena y echándose de rodillas, tuvo la debilidad de balbucear una

declaración amorosa. ¡Oh! ¡Hasta dónde llega el amor! Creía Andrés, en esos instantes de fiebre, que esa mujer era de carne y hueso, que esos labios de veras le sonreían y que esos ojos negros, sólo tenían miradas para él, sólo para él. En un raptó de pasión, el sacerdote en ciernes profanó la imagen santa. Se subió sobre el altar que sustentaba a la Magdalena y ya, cerca de ella, tendió su mano y irreverente y la posó, sobre esa cabeza soberbia. Sintió una sensación deliciosa; por su cuerpo todo, corrió un escalofrío de deseo. ¡Aquella suavidad de seda! Murmurando la eterna frase de: "¡Ámame, mujer!", estrechó entre sus brazos a la imagen y posó sus labios en los de ella, fríos, inertes. El beso sonó en la sombra con un fuerte chasquido, como rumor de alas que batían con presura. Y la besó hasta no querer. Besó esas mejillas, esos ojos, esos labios, la cabellera, el cuello, ¡y todo estaba frío! ¿Pero qué importaba? El ardor, su fiebre, mataba ese hielo. Y la caricia le parecía a Andrés verdadera, tibia. Poseído de una lascivez loca, llegó atrevido —¡el infame!— a posar su mano en el pecho de la Magdalena, que no dejaba de sonreír. Desabrochó, rompió la túnica tinta, y sus dedos buscaron la suavidad de plumón, la morbidez de turrón de ese seno albo, no tocado por ningún beso, no mancillado por ningún labio humano. Entonces el placer llegó a su colmo. Andrés se sintió poseído de una debilidad extraordinaria, se desvanecía, iba a caer ya, y en el supremo instante dio a esos labios crueles el último beso. Rodó al suelo, y al caer, su cabeza chocó contra una grada de mármol, y se produjo un ruido seco, como de lingote de hierro que cae. La sangre inundó el pavimento limpio, y la faz de Andrés se vio en pocos instantes manchada de rojo. Y la Magdalena, desde su altar, con ojos impávidos y labios sonrientes, llenos aún de la humedad de los besos, con el corpiño desabrochado, al aire el seno de mármol, vela al pobre enamorado, desvanecido, pálido, inerte, muerto tal vez.

•••



Al día siguiente, cuando uno de los asistentes penetró en la capilla para componer en los floreros las flores nuevas, sacudir los trajes de las imágenes y lavar el pavimento, encontró a Andrés, desvanecido aun, tan pálido el rostro que simulaba una máscara de cera, y entre manchas de sangre coagulada. En el instante dio parte al rector y acudieron todos. Fue un tumulto. Hicieron llevar a su cama al novicio y practicó el médico del establecimiento la primera cura. Poco después de efectuada esta y a fuerza de esencias y mil nimiedades caseras, se hizo volver en sí a Andrés. Abrió vagamente los ojos vidriosos, húmedos como los de un demente; entreabrió los



labios marchitos, para dar paso a un suspiro, a un débil quejido. Miraba vagamente en su derredor, como preguntándose en donde se encontraba. Estaba muy débil. La enorme cantidad de sangre perdida le había dado un aspecto de cadáver. Los ojos tenía rodeados de grandes ojeras moradas; las mejillas pálidas, desencajadas y la frente vendada, envuelta en lienzos de lino y colocada muevemente sobre un almohadón. Ocho días estuvo así, sumido en ese ensimismamiento, y en todo ese lapso de tiempo no moduló palabra alguna.

El hecho de habérselo hallado en ese estado, en la capilla, lo tomó el rector como un rapto de reconcentrado misticismo del alma de Andrés.

¡Era tan bueno! El rector, un buen viejecito de cabello tan blanco como el vellón de un cordero, tan amable como un abuelito, tan bueno como el pan y tan benéfico y excelente como un luis de oro, quería mucho a Andrés, porque había visto en el madero para un buen sacerdote. Era éste muy estudioso. Leía mucho, ejercitaba mucho su imaginación, practicaba, a solas, gimnasia intelectual y hasta había escrito o estaba escribiendo un largo estudio sobre la filosofía de Tomás de Aquino y otro sobre los dogmas de cierto apóstol. Era un buen muchacho, que prometía mucho.

Muy interesado estaba Fray Angélico (nombre del rector), en la curación pronta de Andrés.

Él propio le daba a tomar las medicinas y en su presencia y bajo sus órdenes se le hacían las curaciones. Por la noche, cuando todos dormían, y antes de irse a su celda Fray Angélico a descansar, se daba una vueltecita por el apartamento a que habían trasladado a Andrés, aplicaba su mano a la cara del enfermo y si le sentía ardiente, calenturiento, movía la cabeza tristemente, y si la sentía algo fresca, en su labio ajado se reflejaba una sonrisa y daba gracias al Señor. ¡Qué buen padre!

En un término de veinte días, entró en un período de franca convalecencia. Se levantaba y daba paseitos por el jardín, apoyado en un bordón o en el brazo de un compañero, pues lo necesitaba, porque estaba aun muy débil. Iba despacio, aspirando con delicia los perfumes de las flores, viendo cómo los pájaros saltaban nerviosos de rama en rama y cantaban a la diablo. Un día, al pasar junto a un grupo de verbenas y al querer aspirar con fuerza y arrobarse con ese fuerte aroma, tuvo un ligero desmayo, iba solo y no tuvo quien lo recibiese en sus brazos; cayó sobre la alfombra de musgo y así permaneció algún tiempo.

¡Una mancha de violetas le arrancaba lágrimas y una maceta tupida de gardenias le recordaba cosas frescas de su niñez! ¡Ah! Esos recuerdos que al evocarlos llenan de fuerza y brillo el alma que zozobra en la lucha! Recordaba su primera comunión, el templo humilde de su pueblo; a la Virgen María, en pleno mayo, mes de su glorificación; a su hermanita Lalla, que debía ser una muchacha ya formada. Y eso sucedía en abril. ¡Primavera se despertaba lujuriosa y fuerte! El jardín se llenaba de verdor. Las macetas agostadas reverdecían y se tapizaban de capullos. Las rosas abrían su broche, como coquetuela que se quita el corsé, y las fresas abrían sus bocas húmedas y sonreían al convaleciente, como incitándole a comerlas. Cuando se cansaba, se echaba a descansar y sucedía a veces que se quedaba dormido hasta muy tarde.

Un mes pasó así. Al cabo de él se dio a sus

estudios. No olvidaba jamás a la Magdalena. La amaba más que nunca, pero sofrenaba su ansia, sabía poner freno a su fiebre. La veía en sueños, a través de la bruma dorada que Mab tiende ante los ojos de los soñadores. Siempre hermosa, sonriente, blanca, pura. Andrés recordaba vagamente la escena de la capilla, su fiereza de enamorado y le invadía una honda tristeza, una desesperación muda. ¡Tan atrevido había sido! Y llegó un día hasta a llorar.

Y el amor crecía. El alma del pobre Andrés estaba herida, tal vez de muerte. Quería el olvidar su amor imposible, y hacía grandes esfuerzos. Quería dejar esa como obsesión que le perseguía constantemente y todo le era imposible. La llama que en el estrecho santuario ardía, amenazaba consumirlo todo. Cuando hojeaba algún viejo infolio, en medio a la aridez de la filosofía, dejaba el margen para sus divagaciones y se perdía su imaginación en ese laberinto. Un día hojeaba un gran libro con curiosidad, y al volver una hoja, dio con una flor seca. ¡Qué asombro! Tomó el cadáver entre sus dedos y aspiró aquel perfume vago, ya casi muerto. Y eso fue suficiente para despertar en él, con más fuerza, la pasión que lo devoraba. Atizó la lumbre, con ansias y promesas. ¿Como llegó allí esa flor y por qué la había encontrado entre las amarillentas páginas de ese volumen? Esa pregunta se hacía, y se forjaba historias a su antojo. Llegó a pensar una tarde, en que daba vueltas en su cerebro a esa preocupación: ¿Será la Magdalena la que le dio esa flor al sacerdote que allí la dejó? Y esa tarde fue a ver a la novia a la capilla. ¡Allí estaba, como siempre! Se postró de rodillas y le pidió perdón por sus raptos, en aquella noche desgraciada. Y la Virgen no desplegaba los labios para dar un consuelo al infeliz.

¡Amor un imposible! Yo he llegado a pensar que ese, ese mismo amor que no promete, es el amor que debemos abrazar, al que debemos asirnos, llenos de fe, como al pie tosco de una cruz protectora. Amor que no daña; amor que no des-

deña ni engaña; amor que no siembra en el alma virgen la adelfa de la blasfemia y la verbena de la desesperanza; amor que no da besos, ni pone en la mano el arma del suicidio. ¡Ah! ¡Ese es amor! El que no tiene código y ni condena injustamente a infierno al que por derecho merece el cielo. Amor de ensueño, que se presiente, pero que no se palpa; Musa ideal que se esfuma al primer rayo de luz de la mañana que atraviesa el cristal del balcón; música que se apaga, cuando vibra la campana de la iglesia dando su primer toque y cantan su diana las parvadas de pájaros del jardín...

Yo ya he experimentado ese amor. Tuve por algún tiempo una de esas pasiones. Se forjó mi fantasía una musa ideal, para la que eran todos mis ensueños. Tenía ella los ojos azules y lánguidos, como Loreley; los labios rojos y sonrientes, como Suzzeta; las mejillas frescas y sonrosadas, como Marión; las manos delicadas y blancas de una duquesita y el seno erecto, morbido, virginal y tímido de Colomba. Era la encarnación más hermosa que darse puede. Si mujer real hubiese sido, revolucionaría cerebros y heriría corazones. Pero milagrosamente, ella vivía no más en mi cerebro, no tenía rivales, ni en mi alma se enroscaban las sierpes de los celos; ni me mordían el corazón las aves negras de la duda. Ella se conservaba pura de todo contacto ajeno. No habían sentido sus labios las sensaciones de otros besos que no fueran los míos. Sus ojos no veían más que a mí, con mirada honda; y sus manos sólo a las mías les era dado estrecharlas con pasión. Eile, la llamé. Más, luego un amor mundano me hizo echarla, a ella, a quien yo creí inmortal en el olvido ingrato. Otros labios borraron de los míos la huella de aquellos labios ideales, y unos ojos, reales, muy negros y picarones, trastornaron mi cabeza. Y entonces, para ésta y no para aquella fue el tesoro de todos mis ensueños. Le rimé versos, le envié cartas, hurté para ella flores en jardines ajenos, y ... un día fatal, echado yo de hinojos a sus pies, sollozante, desconsolado, la llamé... "Ingrata".

Y a esa mujer la olvidé también ...

... ..

La honda pasión de Andrés, tomaba por días proporciones alarmantes. Iba él extenuándose, debilitándose. Se tornó huraño. Casi no comía y pasaba todo el tiempo que sus clases le dejaban libre, en el fondo de la capilla, orando ante su Magdalena. Era una hermosa pasión. Se imaginaba él, en sus ratos de ensueño, en sus rápidas escapadas al país de la fantasía, que ella y él eran ya muy felices, que habían ya celebrado sus bodas y que pasaban su luna de miel en un frondoso jardín, en una blanca casita... ¡Ah! ¡Hermosos sueños! Y él se formaba la idea de ese cuadro de felicidad infinita. ¡Que besos tan sonoros y llenos de pasión! ¡Que abrazos tan estrechos y elusivos! ¡Esa cabellera de ella, hundosa, como hecha de sombras, cayendo sobre los hombros albos y líncos, sobre los senos de mármol, purpurados ligeramente! ¡Esos ojos! ¡Esas mejillas, húmedas de besos!

Al pobre Andrés llegó a serle insoportable esa vida. Ideó buscar una forma material a esa Magdalena, ideal de poetas y obra de cincel. ¡Y fue arduo el trabajo! Por la noche, cuando todos dormían, Andrés se escapaba, disfrazado, y se iba a recorrer la ciudad, somnoliento, como loco. El placer no satisfecho ahogaba a ese temperamento ardoroso.

Se dio a los placeres, por fin. Encontró a una mujer perdida, a una escapada, que apasionada de su torpeza de colegial y su fiebre carnal, se lo llevó una noche a su boudoir. ¡Ah! ¡Qué noche para Andrés! El placer saciado, el infinito deseo realizado al fin, el hartazgo de carne palpitante y tibia, los besos de esa mujer, los mordiscos de esos labios, tenían para él un indecible encanto. Por primera vez, su mano, que sólo había tocado la carne de mármol, frío e inanimado, de la Magdalena, se posó en un seno palpitante, sobre un co-

razón que vibraba junto al suyo, sobre una pierna encantadora, blanca como la leche y provocadora.

Y esa noche no volvió más al Seminario.

Por primera vez sus labios se posaron en el borde de la copa impura que guardaba el licor. Su querida, esa rubia trastornadora, le escanciò champagne, mucho champagne, hasta que le vio ya ebrio, tambaleándose, sudoroso, blasfemando como un energúmeno. Ella, la impura, también se embriagó, y los dos, él y ella, formaban cuadros que hubieran ruborizado a un ilustre. Al fin el pobre muchacho se desplomó de su silla, débil, impotente ya, y roncando, llena la boca entreabierta de espumarajos, apestando a licor, se durmió profundamente. La meretriz resistió aún más. Echada en un chaise-longue, indolente, en posición lasciva, tenía a su alcance la mesa cargada de botellas, y se hartaba. Veía bailotear todos los muebles en derredor suyo, en extravagante danza; las luces parpadeaban, sentía escalofríos ligeros y picantes en su cuerpo, su cabeza se desvanecía y caía sobre el hombro, hasta que cedió y rodó al suelo, sobre Andrés, en el acto de empuñar una copa, la que al caer y chocar contra el suelo se rompió, y el licor manchó la pechera alba y la corbata gris de Andrés...

La lámpara, pendiente del techo, alumbraba el boudoir con luz tímida. Sobre la ancha cama de pino, cubierta de colcha celeste, yacían un coqueto sombrero de paja, lleno de flores, listones y pájaros, un abanico de plumas y una capotilla de pieles. Sobre la mesa de mármol, las botellas vacías hacían alarde de su blanca etiqueta blasonada y las copas guardaban aún las gotas postreras.

Desde el cielo, la Magdalena, pura e inmaculada después del pecado, contemplaba a su Andrés, a su "manso cordero", profanado, ebrio, en brazos de una impura.

II

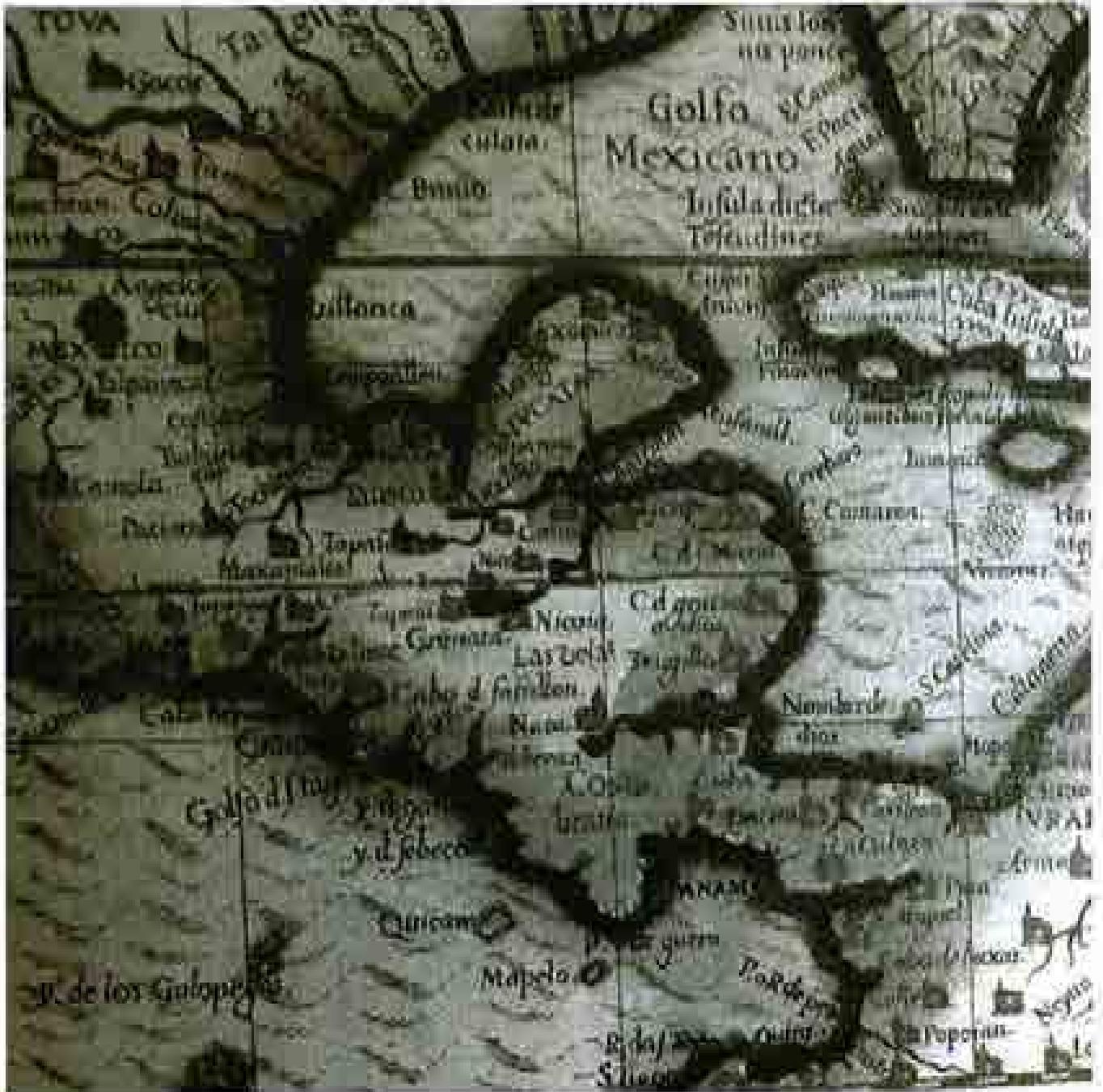
De aquel día, Andrés cambió del todo sus hábitos de vida. Se dio en cuerpo y alma a los

placeres, se echó en brazos de esa diosa voluptuosa que llaman Borrachera y besó los labios de esa otra majestad, de esa musa negra, la Lascivia. Pasó por todos los lechos impuros, traspasó todos los umbrales de alcobas en que el dinero vence; sintió en sus labios caricias de besos profanos y a su cuello se anudaron muchos brazos en busca del hartazgo rápido de un placer brutal.

Ebrio, tambaleante, deteniéndose en las paredes, blasfemando como un mozo de cordel, iba por las calles, en busca de su casa, pero se dormía en cualquier punto, en donde la acción del sueño y de la embriaguez le eran ya irresistibles. Acontecía que a veces despertaba recostado, acurrucado en el quicio de una puerta o sobre las baldosas frías de un portal. ¡Ah! ¡Ese fatal despertar! La boca agria, pestilente, seca; los ojos hundidos, vidriosos; el cabello desordenado y la cara pálida cadavérica. La cabeza le voltejaba; un fuerte dolor le martillaba las sienas. Creía que iba a morir, y se le saltaban a veces las lágrimas y juraba ser bueno.

Pensaba entonces en su pobre madre, que ya lo sabía todo; en su hermana, que tal vez lloraba de pena y de vergüenza en esos instantes. Pensaba en la Magdalena, la virgen buena que le miraba con ojos serenos y le sonreía eternamente con labios mudos. Entonces se ruborizaba, se llenaba de pena y repetía juramentos. Su vida infantil, dichosa, le parecía un hermoso sueño, un cuadro ideal.

Se veía niño, correteando por el campo, cogiendo frutas y flores, atrapando mariposas, hurtando nidos, y se creía transportado a aquellos días idos ya para siempre. La vida de Seminario le parecía algo así como un cuento, algo que se le antojaba entonces imposible. ¡Amar a una imagen, él, que era sacerdote! ¡Era eso una profanación! ¡Besar con labios mundanos una boca de mármol santificado y místico! ¡Llegar al atrevimiento de rasgar la vestidura de Magdalena, y buscar sus senos fríos! Ah... Andrés lloraba, se desesperaba y despertaba de su dolor, salía de su ensimismamiento, en un café, echado sobre



una mesa tosca, entre ebrios que fumaban, charlaban rudamente y se reían de media humanidad, libremente, al buen viento, como mistrales, ebrios también... pero de sol y de rocío.

¡Pobre Andrés! Le era necesario emborracharse, ahogar su dolor y su remordimiento en la onda ardiente del alcohol, que trastorna el cerebro y entorpece los temperamentos. Y ya ebrio se

sentía como libre de ese peso fatal. Entonces buscaba las alcobas impuras, buscaba el beso consolador en labios mancillados, refugio en los senos laxos y manoseados y en los brazos que a tantos otros más habían encadenado antes que a él.

Así vivía, como una bestia, encenagándose en el fango, manchando aún más su alma impura y sellando sus labios con una caricia fatídica; la de la muerte.

Si. Un médico le dijo un día a Andrés, el día en que él creyó que estaba enfermo y corrió a casa de un galeno: "Si Usted continúa tomando y gastando sus fuerzas lastimosamente, morirá muy luego!"

Esa sentencia fatal puso coto un tanto a esos desbordes. Ya no se embriagaba con tanta frecuencia e iba a pasarse los días a la sala de la Biblioteca Pública, leyendo y tomando notas. Un día amaneció de humor y le escribió a su madre diciéndole que ya no bebía, que le prometía llevar buena vida y no darle disgustos. Cuando más, Andrés se embriagaba los domingos y días de guardar y uno que otro de semana hábil. Iba ya a ver a uno que otro amigo y éstos, viéndole ya casi reformado, llegaron hasta a darle dinero al préstamo, sin ningún documento.

Pero el amor aquel, romántico, celeste, no se borraba de su pecho. Ante sus ojos, aparecía perennemente la amable Virgen, sonriéndole. Las imágenes de todas las mujeres poseídas se borraban, desaparecían, pasaban con fantasmas o esbozos de una cámara caleidoscópica. ¡Mujeres pisadas... Pétalos ajados... listones rotos y amarillentos... Cartas despedazadas y retratos indecifrables! ¡Ah! Andrés pensaba en su vida pasada y buscó el medio, el modo de borrar de su alma esa mancha impura.

Rogó ser admitido de nuevo en el Seminario. Prometió ser moderado como antes, saberse llevar, encarrilarse e ir como oveja humilde tras ese camino de luz, lleno de rosas cándidas, que guía al paraíso, a la paz suprema, a todas las almas buenas.

Fue por fin admitido y el día en que franqueó el portón obscuro del vetusto edificio que tantos recuerdos queridos guardaba para él, juró por

Dios, por su madre, por lo más sagrado, no distraer su imaginación en cosas mundanales, ser bueno, merecer el perdón para sus faltas pasadas.

III

Por un corredor solitario y vasto, bajo las arcadas frías de piedra, camina un sacerdote, la cabeza inclinada, leyendo un libro de oraciones. Es Andrés. Va a la capilla.

Llega. La luz de la mañana inunda de radiosa claridad la capilla blanca, llena de flores, que tiene un aspecto de fiesta. Relumbran las molduras doradas de los cuadros y los cristales de los camarines juegan con la luz. De afuera llega un rumor de vida...

Andrés se arroja ante la Virgen que lo indujo a pecar y se golpea el pecho rudamente, todo lloroso, desesperado; le pide perdón por sus imprudencias y le suplica, lo ruega, que arroje de su pecho esa nidada de pájaros negros, esos remordimientos que le aniquilan, que lo matan poco a poco, en silencio, en medio a las sombras, camino de la duda.

El milagro se operó. Poco a poco fue entrando a Andrés la serenidad. En la noche de su alma se hizo la luz: salió el sol, un sol benéfico que ahuyentó las sombras. Volvió a su pecho la tranquilidad. ¡Ah! ¡Era otro! Se hizo, como antes, estudioso; devoto y humilde, como entonces. Se hizo querer, de nuevo, por sus compañeros, y en las aulas siempre resultó sobresaliente.

Después de varios años de estudio, logró salir, concluida su carrera, a ocupar la curia de su pueblo, al lado de su pobre madre, muy anciana y de su hermana, que ya era también madre de familia.

Presidente Barak Obama ante la tumba de Monseñor Romero

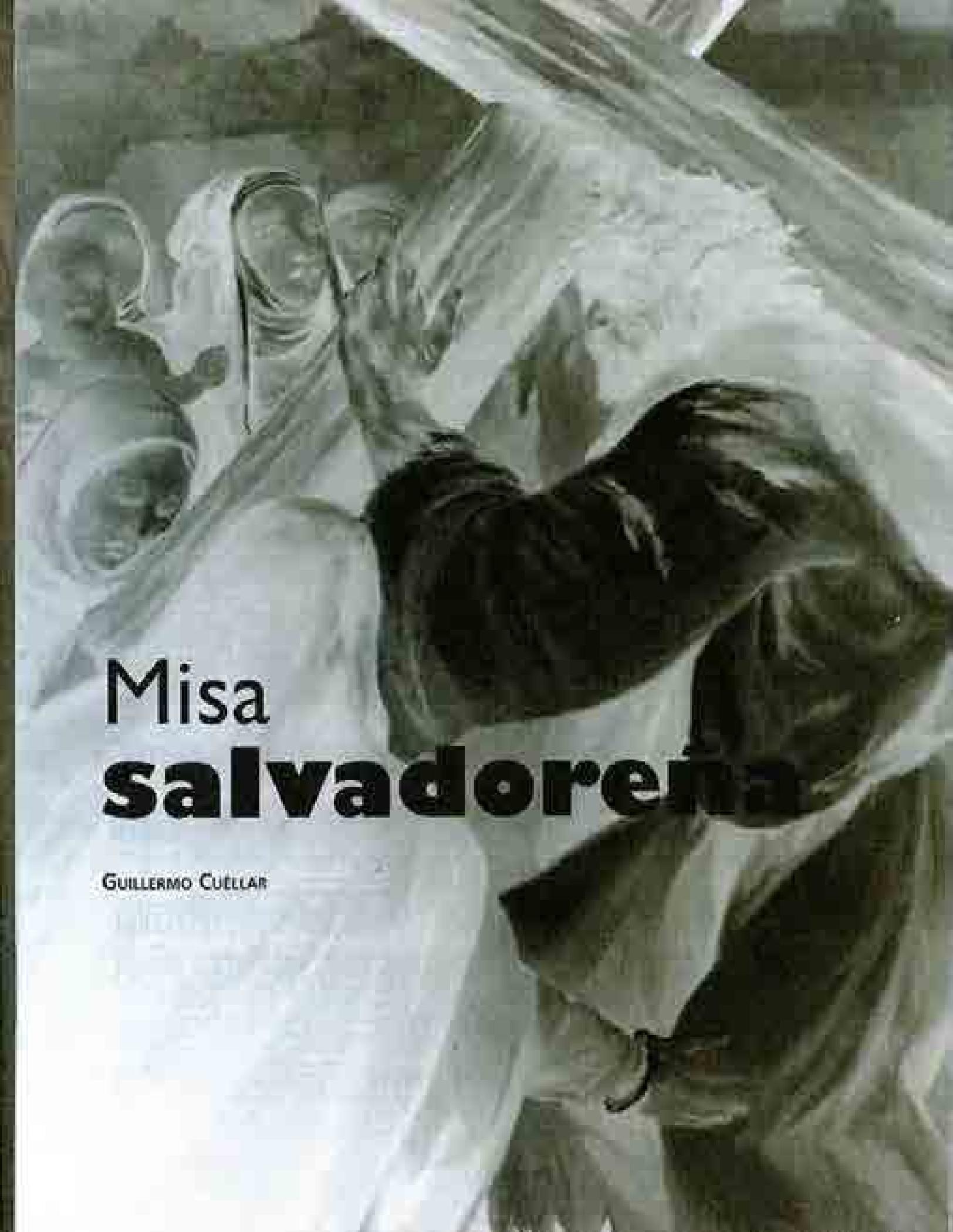
People around the world draw inspiration
from the life of Archbishop Romero. May
we all follow his example in championing
social justice and human rights.

A handwritten signature in black ink, appearing to be 'Barack Obama', written in a cursive style. The signature is contained within a white rectangular box.

77 MAR 24 2011

*"La gente alrededor del mundo extrae inspiración
de la vida del Arzobispo Romero.
Ojalá podamos todos seguir su ejemplo de liderazgo
en justicia social y derechos humanos."*





Misa **salvadoreña**

GUILLERMO CUÉLLAR

Misa Popular

Musical notation for the beginning of the Mass, including staves and lyrics.

1. Somos pueblo que es - mi - na por las cenizas del do - lor.
 2. Los pa - dres y los hu - millados son in - vi - tados de Dios.
 3. Es - te pan fue Dios que truenca en limón, la nuestra unión.
 4. Cristóbal Colón fue ven - te al descubrirnos un sig - no.
 5. Los re - ventón de ju - ti - cia hallan su que - sia por - sí.
- A - mi da nos jo - bi - lamos a la cen - sa del Se - ñor

Señor ten piedad

Musical notation for the Kyrie section, including staves and lyrics.

Gloria

Musical notation for the Gloria section, including staves and lyrics.

Canto de meditación

Musical notation for the Meditation Song, including staves and lyrics.

Credo

Musical notation for the Credo section, including staves and lyrics.

Ofertorio

El que comen todos comen, lo que comen el pan, muchos panes juntos, como el halago y muchos panes.
 El que comen los de los campos bajados no de la tierra, se transforman en panes, como el cuerpo de Jesús, que
 a los panes de la tierra, a los que son fríos y calientes, como los que son de la tierra, como los que son de la tierra,
 a los que son de la tierra, como el cuerpo del que comen, como los que comen, como los que comen, como los que comen,
 a los que comen los que comen, como los que comen, como los que comen, como los que comen, como los que comen.

Santo

Santo, santo es el Señor y del Señor Jesús, como el Señor, como el Señor, como el Señor, como el Señor,
 La que es el Señor, como el Señor,
 Dando te sea a Jesús, como el Señor, como el Señor, como el Señor, como el Señor, como el Señor.

Cordero de Dios

Cordero de Dios que quitas, la que quitas,
 como el Señor, como el Señor.

Comunión

Comunión, comunión, comunión, comunión, comunión, comunión, comunión, comunión,
 como el Señor,
 comunión, comunión, comunión, comunión, comunión, comunión, comunión, comunión.

Despedida

Despedida, despedida, despedida, despedida, despedida, despedida, despedida, despedida,
 como el Señor,
 despedida, despedida, despedida, despedida, despedida, despedida, despedida, despedida.

LAS MANOS MÁGICAS DE LA NEGRA ALVAREZ ANIMAN Y
 HUMANIZAN LA MADERA, CONVIRTIÉNDOSE LO QUE FUE FRÍO Y
 RÍGIDO, RITO, SUEÑO, FICCIÓN. SU ARTE ES DELICADO,
 QUE AEREA EN SUS MADERAS NO PARECEN PINTADAS SINO
 ESCULPIDAS; DE ENTERRADOS DE UNAS PROFUNDIDADES
 RECORDAN DONDE VIVIERON SIGLOS, DESCRIBIENDO AQUEL
 TAL VEZ POR ESO, PERE A SU MODERIDAD, LA ESCULTURA
 DE LA NEGRA ALVAREZ PARECEN CONTINUAR UNA
 TRADICIÓN FUERA CRISIS SE HUNDEN EN EL PASADO
 HISTÓRICO Y LAS LEYENDAS Y MITOS ORIGINALES DE AMÉRICA
 LATINA

MARIO VARGAS LLOSA

Juan Saldarriaga, 15 de mayo de 1979

ARTE DELICADO, MISTERIOSO, SUBTERRÁNEAMENTE RELIGIOSO.

Las manos mágicas de la Negra Álvarez animan y humanizan la madera, convirtiendo lo que fue árbol en tótem, rito, sueño, ficción. Su arte es delicado, misterioso y subterráneamente religioso. Las figuras que asoman en sus maderas no parecen pintadas sino excavadas, desenterradas de unas profundidades recónditas donde vivieron siglos, esperando aquella hechicería que las sacaría a la superficie de la vida. Tal vez por eso, pese a su modernidad, las esculturas de la Negra Álvarez parecen continuar una tradición cuyas raíces se hunden en el pasado histórico y en las leyendas y mitos originales de América Latina.

MARJO VARGAS LLOSA

San Salvador, 13 de mayo de 1994.



DU MONDE ENTIER

Les bonnes nouvelles de l'Amérique latine

Anthologie de la nouvelle
latino-américaine contemporaine

PRÉFACE DE SAÏTO YERONIMO LLOYD
INTRODUCTION DE LA TRADUCTRICE
PAR JEROME BARRAS ET FÉLIX FOLZ (1964)

FRANÇOIS DE SAÏTO YERONIMO LLOYD
ALBERTO GARCÍA, JORGE SCHUMBERG, CARLOS OCHOA,
ALBERTO GARCÍA, ADOLFO DE JESÚS, LUCIANO BUSTO,
JEAN LINDOY ET MARIE-ANNE THÉBAUD (1964),
JOSÉ MARÍA ARGUEDAS, ANTONIO BUERO,
TERESA ALCAZAR, MORTIMO THORNTON ET ANTONIO GALIOTTI



nrf

GALLIMARD

JACINTA ESCUDOS

Esas conferencias de la Universidad en las que nunca acontece nada fuera de lo esperado, donde todo está medido y sincronizado: una mesa con 6 hombres vestidos de saco y corbata, un abundante público de hombres y mujeres de todas las edades, con cualquier expresión en el rostro, algunos bostezantes, otros mascando chicle, murmurando, levantándose a media ponencia.

"¿Están realmente interesados en esto o vienen porque no tienen nada mejor que hacer?", se preguntó con fastidio el profesor Regis Coronado, quien es uno de los que presiden aquella conferencia sobre los últimos descubrimientos de los astrónomos japoneses en referencia a la materia negra del universo.

Y al dejarse conducir por sus pensamientos, al reflexionar sobre la inconsciencia de las generaciones actuales sobre la importancia del funcionamiento exacto del universo y la relación armoniosa que ello supondría entre los humanos y el medio ambiente, se deja seducir por la imagen de una muchacha que entra, visiblemente apurada y aturada a la conferencia.

Por qué se fijó en ella y no en otra, no lo sabrá nunca. No hay nada de extraordinario en la visión de la muchacha, alta, delgada, de pelo corto, casi con apariencia de varón, para que llame tanto la atención del profesor al punto que la sigue con la mirada por todo el salón. La mira buscar asiento, acomodarse la blusa, poner los libros sobre su regazo, esoger un cuaderno, abrirlo, buscar un bolígrafo, levantar la vista y examinar a los hombres que presiden la mesa para coincidir con los ojos del profesor Regis.

Ella le sostiene la mirada hasta que el profesor, abochornado, baja la vista so pretexto de limpiar los anteojos. Y durante el resto de la conferencia, busca la presencia de la muchacha como un punto focal para recrearse en medio de aquel espeluznante tedio.

No vuelve a verla en ninguna conferencia más ni en los pasillos de la Universidad ni en ninguna otra parte, hasta aquella primera mañana de clases, un semestre después, cuando él entra al Aula Magna a inaugurar su ciclo de lecciones magistrales sobre la materia negra, tema en el que se ha convertido en un experto.

El no volvió a pensar en ella ni a recordarla, ni a inquietarse por su ausencia. Pero cuando la ve sentada en primera fila, con su cuaderno de apuntes abierto y tomando nota de sus palabras, la recuerda de inmediato como la muchacha que llegó tarde a la conferencia de los japoneses.

Siente alegría al reconocerla. Es casi como ver a alguien con quien lo une algún sentimiento, aunque nunca han cruzado una palabra, aunque ni siquiera sepa su nombre. Pretexto suficiente para consultar la lista de alumnos, y dar con ella:

—Victoria Valderrama.

—Aquí.

Quiere decirles, pero nunca lo hace, que para la astronomía se necesita tener una verdadera y profunda vocación, como de hecho se necesita para todas las actividades y oficios de la vida. Que por los avatares de la ciencia debe navegarse con pasión, con curiosidad, con cuidado, exactamente como se haría con una relación amorosa. Las cosas se hacen con amor y con pasión o mejor no se hacen, quiere decirle al cada vez más raro grupo de estudiantes, que comenzó con 29 personas y que a lo largo de 2 meses se redujo a 11, en su mayoría varones.

Pero siempre, en primera fila, y eso le causa mucha tranquilidad, Victoria Valderrama escucha sus palabras, anota lo importante, participa en la solución de las ecuaciones y los teoremas, entrega los mejores reportes, gana las más altas calificaciones.

Ya se saludan, ya se sonríen en los pasillos, ya ella se atreve a hacerle preguntas después de clase y él piensa en su cara de muchacho, la imagina sentada delante de una computadora,

escribiendo el informe sobre las mediciones de los rayos X de los gases emitidos por el conjunto de galaxias Formax o la composición y evolución de la Supernova 19-87A, reposando la goma del lápiz sobre sus labios (¿cómo son sus labios, finos o gruesos? Mañana recordará fijarse en ellos), en su habitación de los dormitorios estudiantiles donde duerme sola, con aquella sudadera gris que le queda tan bien, y las piernas desnudas y perfectas, apenas tapados los pies por un par de blancos y limpios calcetines con los que se pasea descalza en el alfombrado cuarto, para pensar mejor y poner todas sus ideas en perfecto orden como en perfecto orden se encuentran todos los elementos del universo.

La materia negra, que según los científicos forma parte de casi todo el universo, pero que nunca se ha logrado ver, podría tener diversas formas y tamaños, dijeron hoy astrónomos japoneses. Los físicos señalan que la única forma en que las galaxias pueden alejarse entre sí tan rápidamente sin disolverse surge del hecho de que contienen mucha más materia de la que se puede percibir con instrumentos convencionales. La gravedad que mantiene la cohesión de todos los objetos, desde un planeta a una galaxia, está directamente relacionada con la masa de esos objetos. De allí surgió la idea de la "materia negra", que sería diferente a la materia normal integrada por átomos familiares cuya existencia se puede percibir. Pero debido a que la materia negra es invisible, los astrónomos tienen que hacer enormes esfuerzos por encontrarla.

Y el profesor Regis la escucha leer aquel párrafo y la mira sonreír y le pregunta el por qué de su sonrisa y ella le explica que a veces todo ese asunto de la materia negra invisible le parece un cuento de Julio Cortázar sobre todo ese párrafo que acaba de leerle, y el profesor ríe de buena gana y piensa que si ese comentario se lo hubiera hecho su esposa Federica la hubiera re-



prendido. Pero tratándose de Victoria, le parece tan encantadora su oscilación entre lo racional y lo fantástico, entre la vulgaridad y el genio que más bien celebra su ocurrencia.

Es hasta entonces que recuerda a Federica. La imagina mordiéndose los puños del coraje, porque ahora el profesor Regis está sentado en un avión, sin su esposa, junto a Victoria Valde-rama, como representantes de la Facultad de Física, camino a Tokio, a entrevistarse con el profesor Yasushi Ikebe, con el objetivo final de conocer los estudios hechos por él y otros colegas japoneses con el Satélite Avanzado para la Cosmología y la Astrofísica, y beben champaña con el desayuno que les ofrece la aeromoza y rien descubriendo las figuras y las formas raras de las nubes y se sienten tan dueños del conocimiento científico que saben que el avión no va a caerse porque el propio profesor ha hecho toda una serie de cálculos matemáticos con los cuales

puede demostrar que ese día ningún avión va a estrellarse en ninguna parte del mundo y ambos rien de buena gana porque vencen a la muerte desde la seguridad de las matemáticas.

Él va sentado junto a la ventanilla y ella que se asoma para ver hacia afuera tiene que rozarse un poco con el hombro del profesor y le pregunta:

—Profesor, ¿usted cree que algún día podremos viajar al espacio, digo, usted y yo como seres humanos normales, sin tener que convertirnos en astronautas, como quien toma un autobús o un avión cualquiera, tomar una nave espacial al infinito y traernos de recuerdo un cubo de materia negra que usted pondría de pisapapeles sobre su escritorio y otro que yo vendería a algún museo para seguir financiando mis estudios universitarios? ¿Usted lo cree, profesor?

Y ella lo mira como si todo eso fuera tan cierto, tan posible, tan cercano, tan probable, que él contesta:

—Sí, lo creo.

El destino los coloca entonces en el restaurante de un hotel de Tokio, solos, concluidas las labores con el profesor Ikebe, dialogando aménamente frente a una cena muy occidental porque no pueden descifrar aquellos garabatos preciosos en el menú que Victoria Valderrama mete en su bolso para llevárselo como fetiche de aquel viaje, un buen steak a la parrilla, papas al horno, ensalada César, vino tinto, cheese cake y un café irlandés, la Universidad de Tokio paga, mientras rien, tintinean los vasos, chocan los cubiertos contra la porcelana. Los camareros corren con bandejas de acá para allá, entran y salen comensales del restaurante, pero ellos no notan nada porque están demasiado enfrascados en una conversación que nada tiene que ver con la astrofísica (las películas norteamericanas de los años 40 y 50 de las cuales ambos son fanáticos, las novelas de Marguerite Duras, la música de Thelonius Monk, los países a los cuales les gustaría viajar, ambos coinciden en que les fascinaría ir a Egipto y a Grecia, el profesor confiesa que ha viajado a muchas partes, siempre en busca de observatorios y descubrimientos científicos, de bibliotecas o documentos investigativos, sin tiempo para conocer playas ni monumentos, y ella le cuenta de la vez que hizo el examen para ser astronauta en Langley pero que aplazó por unos pocos puntos), y mientras hablan, la mesa parece haberse estrechado tanto al punto que ambos están tan cerca y él nota el brillo en los ojos de Victoria Valderrama (nombre de oscura actriz de cine mudo tiene usted, le dice él) y ella piensa por primera vez que bien puede enamorarse de un hombre mayor que ella tantos años (y usted, nombre de boxeador mexicano en una película de Joaquín Cordero, le dice ella).

Y cuando vienen a darse cuenta son los únicos habitantes de un restaurante que nunca cierra, porque el hotel tiene por política mantenerlo abierto 24 horas continuas, y aunque la verdad es que no quieren moverse de allí en lo que les

sobre de vida de lo bien que se la están pasando, deciden que es tarde, que deben descansar, que deben subir a sus respectivas habitaciones, que al día siguiente el profesor Ikebe tiene que llevarlos al Centro de Estudios Astrofísicos a recibir toda una actualización de datos sobre, "pero no hablemos de esas cosas Regis, (siempre lo llamaba "profesor", hasta esa noche), nos hemos pasado hablando obsesivamente sobre usted-ya-sabe-qué desde el momento en que nos conocimos y creo que ya es hora que cambiemos de tema, que lo obviemos por lo menos durante una noche", y Regis Coronado sonríe y se siente un muchacho conociendo por primera vez a una mujer, esa historia que siempre se repite cada vez que surge una pareja de enamorados, el primer hombre y la primera mujer, los únicos en todo el universo, inventando el amor de nuevo, y el profesor se reprocha a sí mismo camino de los elevadores, se reprocha la sonrisa que no le cabe en el rostro y pensar en esa palabra, "el amor", como si no tuviera una esposa esperando a cientos de millas de distancia, una fiel y maravillosa mujer a la que él honestamente ama y con la que ha sido feliz, indudablemente feliz, en sus 27 años de casado.

Todo eso está tan lejos ahora, todo eso no existe, ni la imagen de Federica, ni el pasado, ni los hijos, ni los amigos, ni siquiera el espacio sideral, el infinito, las constelaciones o la Vía Láctea, ahora solo existe Victoria que tiene la virtud de hacerle olvidar hasta lo invisible, es una tontería pensar en la materia negra, tratar de comprobar si existe o no, cuando lo único palpable y real es esa mano, la delgada mano de Victoria Valderrama que sujeta tembloroso dentro del ascensor, el rostro de la muchacha que no puede ver por puro miedo, los números iluminados de color rojo en la parte superior de la puerta y el zumbido del motor y las poleas que transportan aquel minúsculo recinto que los contiene a ambos, la puerta deslizante que se abre en el pasillo desierto y alfombrado que amortigua el sonido



de sus pasos y el silencio que ambos acuerdan de manera tácita para no importunar a los demás huéspedes que de seguro están dormidos, qué vergüenza, ríe ella, y susurra como si alguien fuera a oírlos, regresar a estas horas de la madrugada, ella ríe, ella es feliz ahora, piensa él, y yo también y qué importaría, que daño haría, qué pasaría si yo me atreviera a / pero no se atreve y ella saca la llave de su habitación, la 958, y se despide con un beso en la mejilla y posando su flaca mano sobre el hombro de Regis, mientras él aprovecha para tomarla por el talle, estrecharla junto a él, siente su cuerpo delgado, liviano, joven (tan inquietantemente joven), y la separa de él, la mira muy serio y comienza a irse, voltea una última vez su cabeza para mirarla al fondo del pasillo entrar a su cuarto, cerrar la puerta color aqua y el pasillo despoblado y el deseo revoloteándole en el pecho, como un murciélago.

Regis Coronado se pasa lo que queda de la noche tumbado boca arriba, fumando Viceroy's, con la luz apagada, la ventana abierta y el rumor de Tokio a sus pies, una ciudad que nunca duerme, una ciudad con luces encendidas, brillantes, de colores, un rumor indefinido como trote de hormigas, murmullos, retazos del día enhebrados en desorden, acudiendo a su recuerdo, pedazos de voz de Victoria Valderrama, "la gran pasión de mi vida es la astronomía", la pasión, eso es, alguien que comprende que se puede sentir pasión por algo tan científico y matemático como el espacio y sus misterios, "pero desde el momento en que existe el misterio, existe la magia y por lo tanto, la posibilidad de la irrealidad y la especulación y la fantasía, no todo puede ser fórmulas matemáticas, profesor Regis", y Federica, espina impertinente, una imagen borrosa de esposa sonriente y comprensiva a pesar

de las discusiones y los desencantos que suponen los años y la convivencia, es mejor quedarse así, en lo cómodo, en lo conocido, es mejor contar lo que se tiene y no lo que hace falta, es mejor no arriesgar, no saltar al vacío cuando lo que puedes perder es la vida y todo lo demás, quedarte sin nada entre las manos, perder tu reputación de profesor respetado, de hombre de principios, de ciudadano íntegro y honrado, para qué pensar siquiera en ello, cámbiate la ropa, ponte el pijama, fúmate el último cigarrillo que ya dentro de pocas horas tendrás que levantarte y verla de nuevo, siempre ocurren cosas así cuando uno pasa de los 50, una pequeña sirena extraviada, una tentación con sonrisa de inocencia que te dice ven, ven, mientras ondula sus brazos de serpiente y te atrae como imán al hierro, faltan todavía 6 días para que regresemos, ¿y cómo voy a sobrevivir a su sonrisa, a sus ganas de vivir y saberlo todo?, estoy viejo, estoy cansado, ¿viejo?, ¡viejo no!, a los 52 años, por Dios, pero es cierto, algo ocurre con el paso del tiempo, algo que te obliga aunque no lo quieras, a serenarte, a pausar la intensidad de tus actos y tus sentimientos, a medir cada paso, a mirar el todo del pasado y compararlo con el escaso futuro que te queda, y ni siquiera es un acto racional, una decisión consciente y voluntaria, nada más ocurre y te causa escalofríos, sientes que has dejado mucho de ti tirado por la autopista de la vida, cosas de ti que jamás recuperarás y que no sabes, no notaste cuándo perdiste de una vez y para siempre, porque cada día que pasa avanzas hacia una única meta posible, injusticia, justamente cuando vas aprendiendo cómo moverte mejor en el mundo, cómo convivir con todos los desequilibrios y carencias, cuando aprendes a conformarte y a vivir con satisfacción con lo poco que tienes, entonces tienes que morirte, y ni siquiera tienes alternativas, ni siquiera hay opción, no hay manera de vencerla o evadirla, debes pasar por ahí, por la puerta de la muerte, esa puerta que él abre para regresar al pasillo alfombrado y silencioso, para

llegar hasta la habitación 958, alzar el puño, dispuesto a golpear y mantenerlo en el aire un momento, sin decidirse, sin atreverse, sin saber qué hacer, pero precisamente porque existe la muerte es que debe hacerlo, tocar 4 veces, toc, toc, toc, nada más fácil, recordar "El Extranjero" de Albert Camus ("y era como cuatro breves golpes que daba en la puerta de la desgracia") y esperar a que se abra la puerta y ver el ojo derecho de Victoria Valderrama asomar por una pequeña rendija, que luego se hace más grande, y que entonces es la puerta abierta y los brazos que lo reciben y un camión que cae al suelo y la cama y los besos y el silencio, rodar los cuerpos, susurrar, respirar, sudar, mientras Tokio muere de envidia más allá de la madrugada y la luna llena y un suspiro que rasga el aire, cuchillo cortando seda.

Algo pasa cuando los cuerpos se encuentran, algo cambia después que se conocen humores, lenguas, vellos, oquedades, es un correr los vellos, un derrotar muros, ya no se puede hablar como antes, ver como antes, sonreír como antes, algo hay de complicidad después de eso, algo que nace del íntimo conocimiento de lo que no se muestra, algo que nos une y que, al mismo tiempo, comienza a separarnos, obra como el péndulo de Poe, un lento, lentísimo vaivén que corre con el filo sobre nuestro pecho, listo a matarnos, apenas una cuestión de tiempo o de encontrar un método para la salvación.

El profesor Regis vive 5 felices días más en Tokio pero el día anterior al regreso se le nota hosco, callado, sombrío, con la mirada extraviada, desatento, desanimado, Victoria le pregunta si se siente bien y él le dice que no es nada, que es el cansancio y ella le sonríe, pícaro, claro, entre los astrónomos japoneses, la diferencia de horarios y ella, cómo no va a cansarse.

Y es entonces cuando comienza a rechazarla, a no querer que ella lo toque, a no querer que ella le sonría, que le diga nada, porque Victoria es tan asquerosamente cariñosa, tan perfec-

ta, tan ideal, que ya no puede soportarla, que debe deshacerse de ella lo más pronto posible, que tiene que explicarle que aquello no puede ser más que / porque Federica espera en casa y yo no puedo / porque cuando los directivos de la Universidad se enteren / porque la diferencia de edades entre / porque tú nunca aceptarías / porque mis hijos y mis nietos / porque motivos hay muchos pero en el fondo se trata de la imposibilidad de confrontar el miedo y el deseo / el miedo, antiguo vencedor de guerras de amor.

Regresar a la ciudad y despedirse friamente, con un apretón de manos en el aeropuerto donde Federica los espera y le ofrecen llevarla en el vehículo y Victoria, prudente, con una sonrisa tan forzada que ella teme se le note la mentira en la cara, rechaza la oferta para tomar un taxi cualquiera, hundirse en el asiento de atrás, ver las luces del aeropuerto, recordar Tokio, el hotel y el observatorio y llorar, llorar, llorar, mientras el taxista insiste, pregunta:

—¿Se siente bien, señorita? ¿Le pasa algo? ¿Quiere que me detenga en una farmacia y le compre un calmante?

Nueve años después entra al salón de conferencias donde 6 personas presiden un coloquio sobre la interpretación de los sueños que causa mucha polémica por lo subversivo de sus conceptos, por el empeño que la doctora Victoria Valderrama pone en demostrar que los sueños son maneras de viajar a otros estados de conciencia y que lo que ocurre en ellos es tan real como lo que ocurre en esta dimensión que llamamos vida. El profesor Regis Coronado se mantiene discreto, en la última fila, descubriendo a Victoria, su presencia suavizada por el pelo largo hasta los hombros, unos kilos de más, siempre imán para el ojo de los hombres, siempre su voz mezcla de erudición y juego, y las preguntas in-

terminables, retadoras, que la doctora Valderrama contesta con toda habilidad.

Al terminar el coloquio, al retirarse todos del salón, el profesor Regis la espera. Tiene miedo, no sabe qué decirle. No ha vuelto a verla desde aquel apretón de manos en el aeropuerto que coincidió además con el cambio de Universidad y de carrera por parte de Victoria, sin explicación ni despedida alguna.

Varias veces la soñó (sueños húmedos que la discreción y la vergüenza me impiden reproducir), "he soñado tanto contigo que es como si siempre hubiéramos estado juntos" piensa decirle, y se lo diría si no es que la frase le parece tan cursi y estúpida, él necesitado de preguntarle si ella también soñó con él alguna vez desde entonces, él interceptándola en el pasillo, ella reconociéndolo, modificando su expresión de inmediato, recuperando algo del rostro que tuvo cuando las noches en Tokio, recuperando algo de lo que enterraron precipitadamente, saltos cuánticos entre el pasado y el presente, siluetas en una habitación oscura, el murmullo, el diente sobre el labio, la saliva dulce, la cortina ondulante, la sirena de un carro de policía calle-abajo, la ciudad extendida a sus pies con luces brillantes como un roto collar de diamantes, mientras Victoria camina junto a él sin mirarlo, sin decirle nada, sin saludarlo siquiera, y él la observa pasar, mudo, incapaz de abrir la boca, de moverse, de seguirla, mientras ella sale del salón de conferencias y cierra la puerta tras de sí, la puerta color aqua del hotel donde no verá el ojo derecho de Victoria Valderrama ni el camisón que cae al suelo ni los besos ni el silencio, porque no se atreve a tocar 4 veces en la puerta de la desgracia y regresa a su habitación, masticando su cobardía para saludarla al día siguiente, en el restaurante del hotel a la hora del desayuno, sin que esa muchacha que entra visiblemente apurada y atrasada al salón sepa nunca las cosas que él piensa cuando cierra los ojos mientras se muere de aburrimiento en las conferencias de la Universidad.

Surplus

JAVIER KAFIE

Rubén caminó hacia la ventana, la abrió y encendió un cigarrillo. Atardecía. El rojo de la brasa y el rojo del horizonte sobre el Océano Pacífico iluminaban las manchas de nicotina en sus uñas. El pequeño pez dorado en su pupila dio una pirueta de resolución al observar una vez más a Estela. Le dijo:

—Mirá mamita, si no me decis de una vez por todas qué carajos está pasando te juro que voy a salir por esa puerta y nunca más voy a regresar. Te lo juro por mi madre.

Estela lo observó desde el sofá de la sala donde se había tumbado a sudar la fiebre. Una inmensa bola de carne, tejidos y líquido amniótico coronaba su abdomen. Ahí adentro se gestaba una vida. Estela se inmuto, pero no cedió en su misterio.

—¡A la gran puta! —exclamó Rubén— voy a llamar a emergencias...

—¡No, por el amor de Dios! —y sintió un espasmo en el vientre al mismo tiempo en que su cara perdió todo el color— buscá en la primera gaveta de ese mueble. Ahí hay un papel con un número. Llamá y deciles que me siento mal.

—¿Y por qué diablos no te puedo llevar a un hospital?

—Haceme caso, marcá ese número...

Rubén deshizo su cigarrillo en el marco de la ventana y se dirigió a la puerta. Oprimió el interruptor de la luz y sin decir palabra alguna

se dirigió al mueble. Lo único que había adentro de la gaveta era ese pedazo de papel con un número telefónico escrito. Lo sacó, se acercó al teléfono y levantó el auricular.

Se habían conocido cuatro meses atrás, cuando la bola en el abdomen de Estela comenzaba a notarse. Él trabajaba como técnico de mantenimiento en el edificio de apartamentos donde Estela vivía misteriosamente desde hace algún tiempo. Vivía sola, su apartamento muy escasamente amueblado, y desde que se mudó nunca se le había visto salir del edificio. Lo extraño es que Estela, a pesar de ser joven y guapa, era un inmigrante pobre que no podía pronunciar ni una palabra en inglés, y vivía en uno de los complejos habitacionales más exclusivos y costosos de esa ciudad costera californiana.

Mientras sonaba el teléfono Rubén observó las últimas chispas del atardecer desvanecerse sobre el dorso oscuro del Pacífico. Una voz en inglés le contestó.

—Estoy hablando de parte de la señorita Estela Martínez — dijo Rubén en inglés —. Ella está muy enferma y me pidió que llamara a este número...

Rubén dejó caer el auricular sobre el aparato y le informó a Estela que ya venían en camino:

—Hoy soy todo oídos, mamita.

—Putá Rubén, me siento pura mierda... ¿no podemos dejar esto para después?

—Llevamos dejándolo para después desde que te conocí mamá. Si querés volver a verme... me lo contás todo.

Rubén sabía que el amor son mil pequeñas guerras al día, sin que ningún bando se declare alguna vez vencedor. También sabía que a él los amores le llegaban como paludismos y lo último que había querido, después de su penosa odisea a través de México y mil y un ciudades estado-unidenses, era enamorarse así. Sobre todo de una desconocida que cargaba en su vientre una criatura igual de desconocida y aún más enigmática. Pero era demasiado tarde. Quiso encender otro cigarrillo ante el silencio de Estela. Entonces le dijo:

—Te juro... te juro que nunca había querido así a nadie.

Sabía que mentía. Pero esa mentira no le pareció, al menos en ese momento, una inconsistencia. Había amado con fiebres a otra mujer no hace mucho tiempo. Había cruzado con ella las selvas nicaraguenses y el Río San Juan para llegar a Costa Rica huyendo de la guerra. Había concebido con ella una hija. Pero todo eso estaba a años luz de distancia.

—No sé por dónde empezar —se atrevió al fin Estela, pero luego se hundió de nuevo en el silencio.

—Por qué no empezás por decirme quién es el papá de ese niño que llevás adentro.

—¡Ay Rubén! Es lo peor... no sé...

—¿No sabés el qué?

—No sé... no sé quién es el papá... bueno, si sé, pero no te puedo decir quién es.

—¿Cómo?

En ese momento el sonido del timbre los asustó. Rubén, que ya había encendido otro cigarrillo, lo deshizo en el marco de la ventana y se dirigió al intercomunicador.

—¿Yes...? Bueno, suba —y oprimió un botón.

Momentos después entró al apartamento un hombre de traje impecable, anteojos con aros de Carey y un maletín de cuero colgando de su

mano derecha. No terminó de entrar al apartamento cuando le brindó una mirada virulenta a Rubén, que éste supo sostener sin inmutarse —cosas que se aprenden cuando se ha sido soldado.

—¿Quién diablos es usted? —preguntó en inglés al del traje fino.

—Estoy cuidando a Estela, ya que a nadie más parece interesarle.

El hombre se acercó a Estela y le preguntó en un español casi inentendible:

—¿Quién es este?

Estela se mantuvo callada, su cara llena de sudor, su respiración agitada. El hombre sacó del bolsillo de su saco unos guantes de látex y comenzó a ponérselos. Luego se detuvo y encaró de nuevo a Rubén. Guardó los guantes, recorrió los pasos que los separaban y, una vez frente a él, sacó su billetera. Varios billetes de a cien dólares aparecieron en su mano, extendidos hacia la dirección de Rubén.

—Tómelos y váyase, y olvídense que estuvo aquí.

—Verá usted, la cosa no es así de fácil, Estela y yo...

—¡Es mi primo! —Gritó Estela desde el otro extremo del cuarto—. No se preocupe, que él es de confianza. No le va a decir nada a nadie. Le llamé porque me sentía bien mal.

El tipo del traje impecable miró de nuevo a Rubén, sus ojos llenos de desconfianza. A pesar de que el pez en su pupila dio una voltereta imperceptible, Rubén no pudo evitar apretar los dientes.

—Esto no estaba en el contrato —le dijo el tipo de traje a Estela en su pésimo español— ¿Te das cuenta que estás rompiendo nuestro contrato? Así no era el negocio.

—¡Y qué querés que haga hijueputa! ¿Quedarme aquí los nueve meses sin ver ni una sola cara?

La expresión del hombre de traje cambió por completo y pareció que por primera vez la miraba con seriedad, incluso con preocupación. Miró

una última vez a Rubén y luego se acercó a Estela. Abrió su maletín, se puso los guantes con prisa y sacó un aparato para tomarle la presión. Luego observó sus pupilas con una lamparita y con un estetoscopio tocó varios ángulos de su vientre.

—Es más grave... —susurró para sí mismo en inglés—. ¿Cuánto tiempo llevas de sentirte así?

—Unas horas.

—¿Y antes te habías sentido bien?

—Sí, normal.

Comenzó a revolver las cosas dentro de su maletín y le ordenó a Rubén que trajera un vaso de agua de la cocina. Cuando Rubén regresó a la sala el tipo de traje le dio una pastilla a Estela y comenzó a buscar otras cosas en su maletín. Sacó una jeringa y comenzó a preparar una inyección.

—¿Qué le pasa? ¿Va a ponerse mejor? —preguntó Rubén.

El tipo de traje guardó la jeringa usada sin responder. Sacó de su maletín un teléfono celular y se dedicó a marcar un número. Luego desapareció dentro del dormitorio, cerró la puerta y comenzó a hablar en voz baja.

Rubén entró por un momento a la cocina y regresó con una toalla mojada y comenzó a limpiar el sudor de Estela.

—Tú sabes que te quiero, mi vida —le dijo ella.

—Yo ahorita no sé nada, mamita.

—¿Y si te digo que pronto vamos a tener juntos un montón de dinero, que podemos regresarnos y vivir tranquilos por el resto de nuestras vidas?

—Yo a Nicaragua no me regreso ni aunque me estén apuntando con un fusil en la cabeza.

—Entonces vámonos para El Salvador, que ahí ya se acabó la guerra y mi mamá tiene una casa bien grande en San Miguel.

Desde su matrimonio Rubén sabía cómo era eso de hacer el amor con una mujer embarazada. Pero nunca antes se imaginó que lo haría con una mujer embarazada por otro hombre. Sobre todo, embarazada por a saber quién. El hombre de traje salió apresurado del cuarto y les comunicó que tenía que ausentarse.

—Necesito que me des tus documentos —le dijo a Rubén. Éste miró a Estela.

—Esta bien. Dáselos.

Rubén sacó su billetera y se la entregó al hombre del saco. Vio que el hombre se puso de nuevo los guantes para abrirla y una señal de alarma se encendió en su cerebro.

—¿Para qué los guantes — le preguntó — que acaso piensa matarme de qué?

—Aquí no va a morir nadie —le dijo él, con tono incómodo. Sacó la licencia de conducir de Rubén y la guardó en su bolsillo; luego le regresó la billetera—. No se preocupe, es sólo una precaución. Si no hace ninguna idiotez todos saldremos bien de esta. Y si usted es listo podrá salir también como un hombre más rico de lo que era esta mañana.

El tipo desapareció detrás de la puerta de entrada y Rubén fue a buscar una sábana para cubrir a Estela, que parecía estar quedándose dormida. Al abrirla observó las perlas de sudor en su frente de madre, y se quedó oyendo su voz que entre dormida y despierta susurraba quién sabe qué cosas.

Por un momento Rubén se sintió perdido. Recordó a su hija, de quien no había oído su voz desde hace meses, y a su esposa, con quien tenía más de un año de no hablar. Recordó su primera travesía a través de un río que separaba a su país natal de Costa Rica y luego, años más tarde, su otra travesía a través de un desierto que separaba a México de los Estados Unidos. Fue ahí donde las cosas comenzaron a perder sentido. Se preguntó cómo había caminado a la intemperie por tanto tiempo para venir a encontrarse hincado frente a una mujer que quería tanto y que conocía tan poco, y que de remate cargaba adentro el hijo de otro hombre. Su mente, sin rumbo, reaccionó como lo hacía en casos de emergencia desde que tenía quince años y, acariciando la frente de Estela, Rubén recordó en voz alta el poema que su madre le recitaba a él y a sus hermanos antes de dormirse.



*"Margarita está linda la mar,
y el viento,
lleva esencia sutil de azahar..."*

Después de un rato Estela despertó y pidió agua. Rubén fue a rellenar el vaso a la cocina y cuando regresó se hincó de nuevo frente a ella.

—Disculpame, mamita, pero tengo que saberlo. Ya no... ya no puedo seguir así.

Estela lo miró con ojos de sueño y levantó una mano débil para acariciarlo. Suspiró con lentitud, y se acomodó en el sofá antes de empezar a hablar:

—Hace como año y medio empecé a trabajar en una casa en Santa Mónica de una señora bien rica. Le cuidaba los niños y le limpiaba la casa. Un día me dijo que me quería llevar al doctor para que me chequearan, y yo... y yo me alegré porque no había ido al doctor desde que llegué. Me hicieron un montón de exámenes... después la señora me dijo que si no me gustaría ganar mucho dinero. Yo le dije que sí, que claro, con tal que fuera honrado. Ella no me soltó todo el cuento de un solo... primero me fue contando de una su amiga que tenía años de no poder

tener hijos, que cómo sufría la pobre porque siempre había querido tener hijos pero no podía porque tenía no sé qué problemas...

Rubén fue poniendo poco a poco las piezas en su lugar, y cuando Estela mencionó el nombre Rubén sintió un repentino golpe de pánico. Recordó las imágenes que había visto en la televisión unas cuantas noches atrás: una mujer de esas que andan siempre perseguidas por las cámaras, paseándose felizmente por Beverly Hills, ostentando su inmenso vientre y de la mano de su apuesto galán. Y se imaginó la cara del apuesto galán en el feto que habitaba en la mujer frente a él y no supo si sentir lástima o repulsión o admiración por el ingenio de esa pareja de millonarios con dinero suficiente para alquilar un vientre.

—O sea que la panza que tiene...

—Es de mentiras. Anda una almohada de las que usan en las películas.

—Bueno, ¿y de verdad ya tiene años de intentar y no puede...?

—Yo creo que esas son puras mentiras; creo que esta pendeja solo quiere tener el mismo cuerpo de modelo después del embarazo y por eso me está pagando a mí.

—¿Y esto, esto... vos sabés si es ilegal?

—No sé. Pero... bueno, por algo me están pagando tanto. Y porque me quede callada. Hasta me hicieron firmar unos papeles. Después me trajeron a vivir acá, con todo pagado. Lo único es que no podía salir a la calle ni... ni ver a nadie.

Estela había tomado la mano de Rubén y ahora parecía estar completamente despierta. Su respiración era normal y había dejado de sudar.

—Me lo hubieras contado antes...

—Me dijeron que si le decía a alguien, a cualquier persona, se cancelaba el trato. Que me dejarían en la calle, que me deportarían.

Rubén soltó su mano y caminó hacia la ven-

tana. Encendió un cigarrillo y miró por unos segundos la oscuridad de la noche.

—Pero ahora te tengo a ti —le dijo Estela—, y cuando todo esto se acabe nos podemos ir a otro lado. Adonde querás. Vamos a empezar otra vez la vida.

Rubén permaneció callado, viendo hacia afuera. Una nube densa cubrió momentáneamente la luna, y su reflejo cubrió también al pez que vivía en su pupila. Se oyeron pasos acercándose por el pasillo.

—¿Verdad que vas a venir conmigo, Rubén? ¿Verdad que sí? ¿Verdad que me vas a esperar?

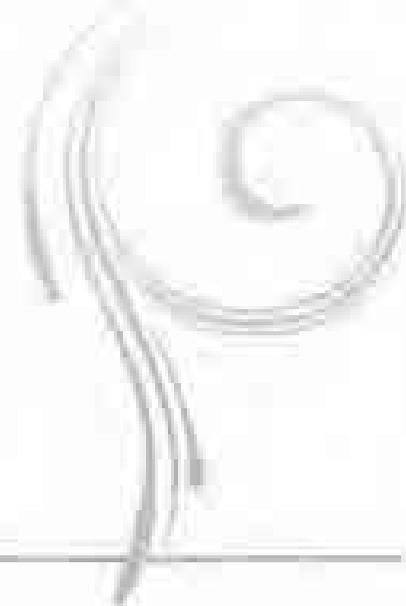
La noche fue la única testigo de la sonrisa que iluminó por una milésima de segundo la faz de Rubén. Se dio la vuelta para encarar a Estela y darle su respuesta, pero en ese instante se abrió la puerta y, detrás de las figuras de tres hombres inmensos, se oyó la voz del tipo del traje impecable y aros de carey. Su dedo índice estaba extendido y señalaba en el interior del apartamento el lugar donde estaba parado Rubén:

—Es él.

Rubén vio como en cámara lenta que los tres hombres se le acercaban y por sus gestos adivinó su intención. Se preparó para perder esta batalla. A lo lejos se empezaron a oír los gritos desesperados de Estela y Rubén tomó una lámpara que estaba sobre la mesa de al lado y logró defenderse con ella de los primeros golpes, pero en algún momento sintió un impacto agudo en el estómago, seguido por una explosión de dolor en la nuca. Sintió su cuerpo caer lentamente y la última imagen que registró antes de que todo se pusiera negro fue la cara de pavor de Estela que lo miraba desde el sofá, con el tipo de traje impecable sosteniéndola de los brazos. Frente a ella, sobre la alfombra, había un charco de líquido viscoso proveniente de entre sus piernas.

Pancuronio

MANUEL VICENTE HENRÍQUEZ



A Esteban siempre le gustaron los perros; siempre tuvo uno en su casa. Recuerdo que cuando éramos pequeños jugábamos con Blaqui, su perra maltés. Después crecimos y nuestra adolescencia transcurrió al lado de Nerón un doberman completamente negro que era el terror de todos los de la colonia. De hecho, el tener ese perro le daba a Esteban cierto poder frente a los demás. Así pasaron los años y nuestros caminos siguieron rumbos diferentes. Esteban estudió medicina y yo leyes, pero aunque nuestros intereses profesionales fueron distintos, nuestra amistad continuó. Seguimos frecuentándonos y siendo buenos amigos. Lo de los perros fue también parte esencial de nuestra relación. El último perro que tuvo Esteban, Ron, un pastor alemán, terminó muriendo con sus huesos triturados por la artritis. "Ni lo perros se salvan", fue la frase de Esteban al ver sucumbir a su mascota.

Después de la muerte de Ron, Esteban quedó —si se puede decir— triste, pues ya no volvió a tener otro perro. Su padre le dijo que ya nadie pasaba en la casa, que un perro requería cuidado y no había quien estuviese en disposición de hacerlo, así que lo mejor era no volver a tener otro. Esteban, a pesar de eso, no perdió su cariño hacia esos animales. Siempre que podía iba a casa de otros amigos a jugar con sus mascotas. Era todo un espectáculo verlo correr detrás de

los animales, revolcarse con ellos, jugar hasta el cansancio. Sin duda, Esteban amaba a los perros. Hasta que llegó el día del accidente.

Esteban caminaba rumbo a la universidad y, antes de llegar a la parada de buses vio a un rottweiler salirle al paso. El perro tenía un aspecto que infundía miedo, pero Esteban, como buen conocedor canino, no le tuvo miedo. Ese fue su error. Caminó hacia el animal, le tocó la cabeza con su mano y comenzó a gruñirle. Le tomó del cuello y lo agitó con fuerza mientras le seguía gruñendo. El perro continuó impassible. Después de estar jugando un rato lo soltó y siguió caminando. Dio un par de pasos cuando sintió la dentellada del animal desgarrándole la pantorrilla. Horrorizado se volteó y vio al perro con un pedazo de carne sangrante entre sus fauces e igual de impassible. Esteban sintió un mareo, se le oscureció todo y se desmayó.

"Total cercenamiento de músculo gemelo" fue el diagnóstico del médico que atendió a Esteban. La mordida había sido tan profunda que, literalmente, había vaciado una parte de la pantorrilla de mi amigo. Esteban quedó fulminado. Había perdido parte de la pantorrilla para siempre.

Después de varias cirugías reconstructivas y dolorosos procesos de recuperación, pudo caminar de nuevo, pero no como antes. La falta de ese importante músculo le impidió mover con normalidad su pié derecho. Fue necesario que

usara un bastón. Tal medida no le causó mucha gracia. Realmente se sentía decepcionado. "Imaginate. ¡Un hombre de 29 años usando un bastón de anciano!", me decía con desprecio.

Si su recuperación física había sido difícil, la mental fue mucho mayor. Es más, podría afirmar que mentalmente Esteban nunca se recuperó. Después del accidente con el rotwailer, se volvió un tipo hosco y apartado. Creo que sólo yo seguí siendo uno de los pocos amigos que le quedaron. Su buen ánimo cambió por una disposición frente a la vida totalmente pesimista. Sus pláticas estaban cargadas de fuertes dosis de ironía y desprecio. Se fue quedando solo.

Supé que realmente Esteban había cambiado cuando vi su actitud frente a los perros. Del inicial miedo que le sobrevino a raíz del accidente, pasó a sentir un odio feroz hacia esos animales. Ya no hablaba con igual interés sobre ellos, ya no le gustaban, les tenía repulsión y odio.

Sus estudios de medicina los continuó con igual ahínco. Creo que se refugió en ellos para olvidar todo lo que le había pasado. Meses después supé con espanto el porqué de su dedicación.

Esteban terminó la carrera de medicina y siguió la especialización en anestesiología. En poco tiempo dominó todo el conocimiento que debe tener un anestesiólogo sobre su oficio. Tanto, que era uno de los más solicitados por los cirujanos a la hora de operar. El dominio de los químicos con que se duerme a los pacientes era notable en mi amigo. La precisión con que los administraba a la hora de operar era de admirar. Fue por esa época cuando me contó su último proyecto: matar al perro que lo había atacado.

—Voy a desaparecer a ese hijueputa —me dijo.

Al principio pensé que sólo era parte de su ya conocido humor negro, pero a medida me seguía hablando de "su plan", supe que hablaba en serio.

—Y cómo pensás hacerlo —pregunté.

—Lo estoy pensando con detenimiento. Tiene que ser de una manera única, como nunca hayan matado a un chucho.

Una luz malévoa brilló en sus ojos cuando me dijo eso.

—Una forma en que el maldito desee morir. No sé si los perros puedan tener deseos, pero quiero que ese perro sienta el sufrimiento plenamente.

Yo no sabía que decirle, sólo lo mira y lo escuchaba.

—Ya tengo unas ideas sobre cómo eliminarlo —me decía—, sólo es cuestión de probarlas en otro perro.

—¿Y ya tenés un escogido?

—Sí, es Chispitas.

—¿Chispitas? ¿El perro de la vecina de abajo de tu departamento?

—Exacto.

—¿Y por qué lo vas a matar, hombre?

—Porque ya no lo aguanto. Todas las noches pasa ladrando y no me deja dormir.

—¿No estás exagerando? —inquirí.

—Vos porque no dormís en mi departamento. Si hasta mi papá ha deseado matar al animal, pero no pasó de eso; en cambio yo sí lo voy a hacer. Está perfecto para probar mis sustancias.

—Sí que estás loco, maestro.

—Si te hiciera falta un pedazo de pierna no me dijeras lo mismo —dijo con odio.

—Bueno... en eso tenés razón.

—Mañana por la mañana será el trabajito. ¿No querés ver?

—¡Qué! Estás loco. Como me vas a creer tan marbosa.

—Venite, hombre, o tenés miedo de ver cómo se muere. Si sólo es un perro. ¿Entonces?

—No sé... es que...

—Dale, no seas cobarda. Tampoco lo voy a destripar. Ya vas a ver qué bien bonito se va a morir.

Finalmente acepté, guiado por cierta solidaridad con Esteban. Hacía días que no lo veía tan entusiasmado por algo. Al fin y al cabo era mi amigo.

A la mañana siguiente estábamos frente a la ventana de su cuarto, viendo jugar a Chispitas. El fin de semana la señora dueña del perro se



iba donde su hija en las afueras de la ciudad y no volvía hasta el lunes. El fin de semana era cuando más lloraba y desesperaba pues se quedaba solo. Era el momento apropiado.

Esteban salió del cuarto rumbo a la bodega. Volvió con dos ampollitas con un líquido transparente. Los puso en la cama.

—No toqués nada, ya vengo.

Fue rumbo a la cocina y del refrigerador sacó un trozo de carne.

—¿Qué pensás hacer?

—Esperate, ya vas a ver —contestó misteriosamente.

Sacó de su bolso de la universidad una inyección nueva. La abrió y la miró a trasluz.

—Excelente —dijo.

Destapó una de las ampollitas y con la jeringa la vació completamente. Tomó el pedazo de carne y lo inyectó con el líquido de la ampollita. Hizo el mismo procedimiento con la segunda ampollita, mientras ya lo miraba intrigado. Después de inyectar el pedazo de carne, lo sopesó como si tuviera una barra de oro en su mano. "Listo".

Nos fuimos a la ventana y comenzamos a llamar a Chispitas. "Chispitas, Chispitas, venga para acá, perrito". El perro levantó su cabeza y nos vio. Comenzó a ladrar y a mover su cola. Esteban le enseñaba el pedazo de carne y el perrito ladraba más y sacaba la lengua.

—Ahora es el momento —dijo mi amigo y le lanzó el pedazo de carne.

—¿Qué le diste? —preguntó.

—Lidocaína —contestó.

—Quedé igual.

—Cómo se ve que vos sólo sabés de leyes y códigos —dijo con desprecio—; la lidocaína es un anestésico local. Esto lo ocupamos en las operaciones.

—Ahh.

—Ya vas a ver cómo le va a Chispitas.

—¿Creés que sirva?

—Hay que esperar un poco.

El perro comía con ganas. Se había comido toda la carne y nos miraba como pidiéndonos más. Nos miraba jadeando y con su lengua de fuera. Al poco rato Chispitas comenzó a mover su cabeza de izquierda a derecha y viceversa, con rapidez y sin parar.

—Ya está aturdido —dijo Esteban.

Chispitas dejó de mover la cabeza y comenzó a bostezar. Segundos después, se echó y comenzó a dormir.

—Ya está —dijo triunfal mi amigo.

—Si sólo se durmió —respondí.

—Sí, sólo se durmió, pero para siempre. Ahora Chispitas ya no se levanta.

Y no se levantó más. El lunes, desde el cuarto de Esteban, escuchamos los gritos de la vecina de abajo cuando encontró a su mascota inmóvil y llena de moscas.

—Blen —dijo mi amigo—, ya sabemos que funciona, pero para mi gusto, el perro no sufrió nada.

—Por lo visto no —reafirmé.

—Entonces, esa vía queda descartada. Tengo que buscar otra forma de matar a ese maldito rotwailer.

Siguió investigando con las sustancias que usaba en las operaciones; anestésicos de todo tipo desfilaron en sus manos, pero ninguno lo convencía. Después de un mes de ardua selección, encontró la forma ideal de matarlo, de una parálisis pulmonar.

De regreso a su departamento iba pensando

cómo iba a ser la muerte del perro. En esas estaba cuando oyó que le ladraban fuertemente. Volteó hacia su derecha y vio al rotwailer. "Tranquillo, viejo amigo, No desesperés que pronto nos vamos a volver a ver. Te lo prometí". Dos días después me habló para darme la noticia:

—Ya tengo la sustancia perfecta par el rotwailer.

—Y qué es —pregunté.

—Se llama pancuronio.

—Pancu... qué.

—Pan-cu-ro-nio.

—Y qué diablos es eso.

—El nitrato de pancuronio es una sustancia anestésica que te adormece los músculos del diafragma, que son los que te permiten respirar. Viene del curare un veneno que usan algunas tribus del Amazonas para cazar a sus presas. Usualmente se ocupa para anestesiarse a los pacientes que va a ser intervenidos quirúrgicamente. En pocas palabras, una vez el pancuronio entra en tu cuerpo te paraliza los pulmones y no hay poder en esta tierra que te haga respirar.

—Osea que ahora a ese perro si se lo llevó putas.

—Así es —me dijo con una cara que brillaba de alegría.

—¿Entonces?

—Mañana le toca. Mañana le meto pancuronio a ese maldito y este sí se va a morir bien feo, no como Chispitas.

Después de lo de Chispitas y así como lo ponía Esteban, si me dieron ganas de acompañarlo.

—¿Y hoy no querés que vaya con vos?

—No sé si querás, pero con o sin tu compañía, yo mañana mato al rot.

—Te acompaño.

Llegamos como a eso de las diez de la mañana, cuando sabíamos que no había nadie. Habíamos controlado la salida del vigilante. A las diez y media salía y se iba a conquistar a las sirvientas de las otras casas. La casa, por treinta minutos, quedaba sola; suficiente tiempo para ver morir al animal. Con precaución y volteando a ver a

todos lados, llegamos frente al portón. Esteban sacó de su bolso el pedazo de carne, la jeringa y las dos ampollitas de color verdoso del famoso pancuriato o como se diga. El perro se acercó hasta nosotros y nos ladró violentamente.

—Ya presente —dijo Esteban.

El perro seguía ladrando, los colmillos se le salían de las fauces. Se aventaba contra el portón y nos trataba de morder.

—Tranquilo, tranquilo —le decía Esteban—, ya vas a tener tu comidita.

Quebró las ampollitas del líquido letal y con la jeringa lo succionó. Una vez llena, tomó la carne y comenzó a pincharla en varias partes mientras inyectaba el pancuronio. El perro no nos dejaba de ladrar. Creo que sí presentía algo.

Después de pinchar la carne, Esteban se le puso casi en la cara. El rotwailer dejó de ladrar y comenzó a olisquear el pedazo de carne.

—Vaya, precioso, aquí está la comida, cómsela toda.

Y le tiró la carne como a unos tres metros de donde estábamos. El perro se volteó y fue tras el manjar. Más se tardó en llegar que en comérselo, de tres mordidas engulló todo el pedazo de carne.

—Ahora vamos a otro lado de la calle y nos quedamos esperando disimuladamente —me dijo mi amigo.

Cruzamos la calle y nos sentamos en la acera a esperar. Pasados unos minutos, el perro volvió a ladrar, pero esta vez sus ladridos no parecían de rabia sino de lamento.

—El pancuronio ya comenzó a hacer su trabajo —dijo Esteban.

El animal se veía contrariado, daba vueltas en círculo y ladraba desesperadamente.

—Pobrecito —dije.

—Esperate, aún no has visto nada.

Y tenía razón. De pronto el perro paró en seco, ya no ladró más y comenzó a respirar con mayor rapidez. Desde la acera pudimos ver como se le inflaban y desinflaban sus costados, producto de la incosante respiración. Seguidamente, al igual que Chispiras, el rotwailer comenzó a agitar su cabeza de lado a lado. Estaba azorado.

—Acerquémonos, quiero ver cómo se muere, pero bien.

Con cautela nos acercamos y vimos al perro en su agonía. El rot trató de ladrar pero fue imposible; nunca en mi vida había visto a un perro querer ladrar, realizar la acción de ladrar y no sacar sonido alguno.

—Ya no puede respirar —fue el diagnóstico de Esteban.

El animal comenzó a dar saltos, a brincar como conejo. Creo que era como un intento de destrabar sus pulmones. Brincó varias veces, pero fue inútil. Paró y de la trompa le comenzó a salir una espuma blanquecina, como de rabia. En el momento sentí que el perro nos miró; su mirada estaba inundada de terror, de desconcierto, el pobre animal no entendía lo que le pasaba. Sentí lástima del pobre.

—Creo que se te pasó la mano —le dije a Esteban.

Él no me hizo caso, sólo miraba con sus ojos llameantes de placer el suplicio del animal. Luego de casi media hora de sufrimiento, el perro convulsionó, intentó ladrar y cayó al suelo. Ahí quedó, inmóvil y tendido, en un charco de espumosa baba.

“Ni lo perros se salvan”, fue la frase de Esteban al ver sucumbir al animal.

Guadalajara-San Salvador,
Diciembre de 2000/enero de 2001.



Loop hole

DIEGO BOQUIN



Amanecer. Levantarte de la cama sin haber dormido. Escuchar en monofónico "Para Elisa" desde el celular; no contestarlo, ignorarlo sin ver siquiera quién llama, no contestarlo nunca. Bañarte, cambiarte. Encender la estufa, freír tocino, calentar pan, hacer huevos, verter jugo y prender la radio. Desayunar. Salir del apartamento.

Tomar el bus. Medio viaje sentado y ceder el asiento a alguien. Llegar a la universidad, caminar hacia bancas y esperar. Media hora, cuarenta

minutos, aburrirte. Leer. Beber café tibio. Ir a la cafetería, comprar algunos chicles, entrar a clases. Prestar atención al profesor, preguntar por preguntar, no conformarte con la respuesta y decir en tus adentros que es un idiota, un ignorante, un mediocre con influencias. Entrar a otra clase y repetir.

Almorzar, una cerveza para acompañar. Regresar al apartamento. Prender la televisión y darte cuenta de que tu mejor amigo se suicidó. Revisar el celular.

Solo

FOTOS: SANDRO STIVELLA • TEXTO: RICARDO LINDO



Conmigo viene familia, muy cariada.



Después viene aquella tormenta en el bajo Lempa...



que duró varios días...



Después, ya estaba sola.



2 textos de Henri Michaux

Traducción de Leo Argüello

Un hombre apacible

Cuando estiró los brazos fuera de la cama, Pluma se sorprendió al no encontrar la pared... "Vaya, pensó, las hormigas se la habrán comido..." Y se volvió a dormir.

Poco después su mujer lo agarró sacudiéndolo: "¡Mira, inútil! Mientras tú te ocupabas en dormir alguien nos robó la casa".

En efecto, un cielo inmenso se extendía por todos lados.

"Bah, es cosa hecha", pensó Pluma.

Poco después un ruido se escuchó. Un tren se les echaba encima a toda velocidad. "Así como va de apurado", se dijo, seguramente llegará antes que nosotros". Y se volvió a dormir.

Poco después el frío lo despertó, estaba bañado en sangre.

Pedazos de su esposa yacían a su alrededor. "Con la sangre, pensó, vienen siempre toda clase de inconvenientes".

"Si ese tren no hubiera pasado, estaría yo muy contento, pensó. Pero como ya pasó..." Y se volvió a dormir.

"¡Vamos!, le dijo el juez, ¿cómo es posible que su esposa se haya cortado al punto de encontrarla despedazada en ocho pedazos, sin que usted, que estaba al lado, hiciera un gesto para impedirlo? He allí el misterio, en eso reside todo el problema."

"Por ese camino no puedo ayudarlo", pensó Pluma, y se volvió a dormir.

"La ejecución tendrá lugar mañana. ¿Acusado, tiene algo que decir?"

"Disculpe, dijo Pluma, no he seguido el asunto". Y se volvió a dormir.

El cielo del espermatozoide

El físico del espermatozoide del hombre se parece curiosamente al hombre, a su carácter, quiero decir.

El físico del óvulo de la mujer se parece sorprendentemente al carácter de la mujer.

Ambos son muy pequeños. El espermatozoide es muy, muy largo, y verdaderamente obsesionado por una idea fija. El óvulo expresa a la vez tedio y armonía. Su apariencia es casi la de una esfera.

No todos los espermatozoides son como los del hombre; ni mucho menos. El de la centolla, y más aún el del cangrejo de río, se asemeja a la corola de una flor. Sus brazos flexibles, radiados, no parecen estar buscando una hembra, sino el cielo.

No obstante, dada la regular reproducción de los cangrejos, suponemos que no sucede así.

De hecho, nada sabemos del cielo del cangrejo, aunque mucha gente haya llegado a capturar cangrejos por las patas para observarlos mejor. Menos aun sabemos del cielo del espermatozoide del cangrejo.

Del libro: *Un tal Pluma*.



Libros

Vuelta al origen

Reseña del libro *Mitos en la lengua materna de los Pipiles de Izalco en El Salvador*, traducido e interpretado por Rafael Lara-Martínez.

"Acaso todo lo que deseamos, hacemos y solicitamos no proviene de una originalidad humana creadora. Resulta de una copia facsimil, fidedigna, de aquellos modelos que se encuentran desde antaño al interior del mundo."

Rafael Lara-Martínez

SAN SALVADOR—Desde mi retorno a El Salvador una pregunta se ha ido instalando sigilosa y certeramente en mi cabeza, una pregunta cuya respuesta pareciera tan esquivada y escurridiza como fundamental:

¿Cuáles son las posibles fuentes —los bloques arquetípicos— de la identidad salvadoreña?

La cuestión es que a mi parecer (y a pesar de toda su validez y peso histórico) eventos como la guerra civil o el levantamiento campesino del 32 no llegan a suplir esta necesidad medular. Si bien se trata de fenómenos paradigmáticos que reciben mucha atención de parte del puñado de valientes que se empeñan en estudiarlos, éstos no alcanzan a detallar esa particularidad única en nuestra humanidad, o a reflejar certeramente nuestras nociones sobre nuestro lugar-en-el-mundo. En fin, a contextualizar esa pregunta que ya libre de alfileres podría formularse de la siguiente manera:

¿Quiénes somos los salvadoreños?

A principios de este año la Editorial de la Universidad Don Bosco publicó un conjunto de Textos que parece saldar muchas de mis inquietudes. Se trata de 54 relatos recopilados por el antropólogo alemán Leonhãrd Schultze-Jena en un viaje realizado a nues-

tro país en 1930 que suponen, según el antropólogo salvadoreño Rafael Lara-Martínez, "el ciclo mitológico más completo en la lengua náhuatl" al que tenemos la suerte de tener acceso.

Me refiero al libro *Mitos en la lengua materna de los pipiles de Izalco en El Salvador*, traducido e interpretado por Rafael Lara-Martínez.

Lo primero que hay que resaltar de este libro es que se trata de una obra académica, o sea una obra para el estudio y en parte de difícil acceso para el lector común. El mismo Lara-Martínez, al referirse a su libro, le llamó "una casa", probablemente haciendo alusión al sinnúmero de libros que conviven entre sus páginas. De esta forma, el antropólogo salvadoreño ha tratado con gran cuidado la exposición de dichos textos, ya que cada serie de relatos (ordenados temáticamente) constan de una introducción analítica; una traducción poética que se acerca lo más posible a nuestro español actual; introducciones o notas del mismo Schultze-Jena sobre los relatos; una traducción lingüística literal (más apta para los lingüistas); una traducción libre "que intenta reproducir lo más fielmente posible la reiteración y usos de la oralidad náhuatl" y, finalmente, una serie de notas explicativas sobre términos relevantes con fines lingüísticos y culturales.

A pesar de este vasto conjunto de informaciones, vale la pena resaltar la versatilidad del libro: el lector común podrá gozar sin mayor esfuerzo de la traducción poética de los relatos, presentados en un lenguaje sencillo; el historiador podrá observar las notas de y sobre la traducción anterior y otros estudios relacionados, así como una extensa bibliografía; el lingüista cuenta con el texto en náhuatl original y la densa traducción lingüística, y cualquier curioso podrá indagar con gusto en la tentativa de acercamiento que propone Lara-Martínez a la pregunta "quiénes somos" en su interesantísima y erudita introducción al tomo.

Ahora, si se pretende leer el libro de principio a fin, el primer encuentro con el orden propuesto por Lara-Martínez parecerá caótico. Pero basta con leer

algunos capítulos para entender su funcionamiento así como también la necesidad de esa estructura en particular. Dicho libro no pretende una mera exposición de los mitos pipiles, sino que construye una arqueología del tratamiento de éstos desde antes de su primera publicación, con el fin de entender mejor su importancia histórica y cultural.

Y esto nos lleva a la siguiente gran pregunta:

¿Qué importancia tienen estos mitos para nosotros, o sea los salvadoreños en su mayoría mestizos que habitan en El Salvador o en cualquier otro lugar del mundo a inicios del tan interconectado siglo *xx*?

La respuesta es fácil: nos reflejan.

Pues somos hijos de la ruptura, como lo refleja tan bien el mito de La mujer en fragmentos, de quien todas las noches se desprenden sus extremidades para ir en búsqueda del placer. Una madrugada su marido, advertido, vertió ceniza y sal sobre las heridas abiertas del cuerpo inerte, y por la mañana, cuando las partes regresaban a sus respectivos lugares, no pudieron adherirse. ¿Se imaginan a esos brazos y esas piernas vagando por el mundo sin poder regresar a su origen (esos brazos y esas piernas ampliando el Canal de Panamá, pudriéndose en las cárceles de todos lados, muriendo de paludismo en el infierno de las bananeras)?

Y así también somos hijos del exilio y con suerte del retorno, como lo refleja tan bien el mito del Origen de los animales en la tierra, en el cual un joven deja a su mujer para realizar un viaje sobre el dorso de una serpiente (¿Las vías de un tren? ¿Una carretera?), un viaje helicoidal al inframundo, lleno de peligros y de promesas, un recorrido en el que el joven aprende mucho y en el que corre el peligro de perecer. Pero el muchacho regresa, lleno de dádivas. Y al regresar se da cuenta que ya no desea a su antigua mujer.

Somos hijos de la negación, incluso hijos de la traición y la disputa, como lo reflejan tan bien el ciclo de mitos de los Tepehuas, los Muchachos de la Lluvia, que al ser traicionados por su abuela deciden traicionarla y matan a su cónyuge —un gigante—, atan su pene y se lo dan de comer a su misma abuela, su madre adoptiva (adentrándonos en un juego de humillación que nos recuerda al análisis del concepto de rajarse en el Laberinto de la Soledad de Octavio Paz). Luego, los Tepehuas intentan humillar y traicionar una y otra vez a su hermano menor (el Cipitio), pero éste resulta siempre más astuto y logra vencer una serie de pruebas hasta investirse como “héroe cultural de los pipiles”, quien franquea el arduo camino entre la caza y la agricultura.

O acaso somos hijos del abandono e hijos del castigo, como lo enseña el mito de El pecado original, en el que un hijo le niega el alimento y le echa los perros

a su propia madre, quien no hizo más que ignorarlo y protegerlo. Al final, a causa de este pecado, el hijo es comido por un enjambre de chapulines, que devoran luego a su mujer y a todos sus hijos.

Se trata, como verán, de una cosmogonía de gran fuerza, una visión del mundo trágica y optimista a la vez donde conviven los ecos de Gilgamesh, de Hércules, de Ulises, de Edipo e incluso de Cain, de Dante y de Juan Rulfo.

Y sin embargo, en su interpretación Lara Martínez intenta “comprobar la existencia de una literatura indígena salvadoreña”, una literatura local que “todos los panoramas e historias vigentes... Han lanzado al olvido” siguiendo el mito del mestizaje absoluto.

En conclusión, estos mitos no reflejan solamente nuestro conflicto en particular, sino que el arcaico conflicto del humano ante el mundo (pues en sí esto son todos los mitos, un espejo arquetípico, un modelo insubstancial). Pero en su trato de los mitos, Lara Martínez nos ayuda a comprender que estos relatos tan universales reflejan también (y demasiado bien) esa conflictividad volcánica que caracteriza a los salvadoreños.

Los mitos de la lengua materna de los pipiles en El Salvador, como la identidad misma, pareciera más bien una pesa y no una tasa. Una pesa con un fondo desconocido. Una pesa, al fin y al cabo, de la que todavía tenemos mucho por explorar.

JAVIER KARR

Las abuelas

Doris Lessing, *Las abuelas*. Barcelona: Ediciones B, 388 páginas. ISBN 978-849872-116-5.

San Salvador—Desde mi retorno a El Salvador una pregunta se ha ido instalando sigilosa y ciertamente en mi cabeza, una pregunta cuya respuesta pareciera tan esquivada y escurridiza como fundamental:

¿Cuáles son las posibles fuentes —los bloques arquetípicos— de la identidad salvadoreña?

La cuestión es que a mí parecer (y a pesar de toda su validez y peso histórico) eventos como la guerra civil o el levantamiento campesino del 22 no llegan a suplir esta necesidad medular. Si bien se trata de fenómenos paradigmáticos que reciben mucha atención de parte del puñado de valientes que se empeñan en estudiarlos, éstos no alcanzan a detallar esa particularidad única en nuestra humanidad, o a re-

flejar certeramente nuestras nociones sobre nuestro lugar-en-el-mundo. En fin, a contestar esa pregunta que ya libre de alhajas podría formularse de la siguiente manera:

¿Quiénes somos los salvadoreños?

A principios de este año la Editorial de la Universidad Don Bosco publicó un conjunto de textos que parece saldar muchas de mis inquietudes. Se trata de 54 relatos recopilados por el antropólogo alemán Leonhard Schultze-Jena en un viaje realizado a nuestro país en 1930 que suponen, según el antropólogo salvadoreño Rafael Lara-Martínez, "el ciclo mitológico más completo en la lengua náhuatl" al que tenemos la suerte de tener acceso.

Me refiero al libro *Mitos en la lengua materna de los pipiles de Itzaco en El Salvador*, traducido e interpretado por Rafael Lara-Martínez.

Lo primero que hay que resaltar de este libro es que se trata de una obra académica, o sea una obra para el estudio y en parte de difícil acceso para el lector común. El mismo Lara-Martínez, al referirse a su libro, le llamó "una casa", probablemente haciendo alusión al sinnúmero de libros que conviven entre sus páginas. De esta forma, el antropólogo salvadoreño ha tratado con gran cuidado la exposición de dichos textos, ya que cada serie de relatos (ordenados temáticamente) constan de una introducción analítica; una traducción poética que se acerca lo más posible a nuestro español actual; introducciones o notas del mismo Schultze-Jena sobre los relatos; una traducción lingüística literal (más apta para los lingüistas); una traducción libre "que intenta reproducir lo más fielmente posible la reiteración y usos de la oralidad náhuatl"; y, finalmente, una serie de notas explicativas sobre términos relevantes con fines lingüísticos y culturales.

A pesar de este vasto conjunto de informaciones, vale la pena resaltar la versatilidad del libro: el lector común podrá gozar sin mayor esfuerzo de la traducción poética de los relatos, presentados en un lenguaje sencillo; el historiador podrá observar las notas de y sobre la traducción anterior y otros estudios relacionados, así como una extensa bibliografía; el lingüista cuenta con el texto en náhuatl original y la densa traducción lingüística, y cualquier curioso podrá indagar con gusto en la tentativa de acercamiento que propone Lara-Martínez a la pregunta "quiénes somos" en su interesantísima y erudita introducción al tomo.

JULIA SANTOS DE LA CRUZ
Abogada salvadoreña

Breves palabras impúdicas

Ensayo y cuatro conferencias de Horacio Castellanos Moya
San Salvador: Colección Revuella, Centro Cultural de España
en El Salvador, septiembre de 2010. 99 páginas.
ISBN 978-99523-67-13-1

Breves palabras impúdicas, es el más pudoroso libro de Horacio Castellanos Moya, o al menos impúdico, hasta donde se me alcanza. Es, asimismo, el más breve.

No encontraremos aquí palabras sucias y la inmundicia humana es abordada desde la reflexión, lo cual mitiga un tanto los negros trazos, y apenas hay alisbos de su salvaje sentido del humor, que hacen de una borrachera con Horacio una experiencia extraordinariamente divertida.

Hay una palabrota, es cierto, pero se trata de una cita de Juan Carlos Onetti y Castellanos Moya se disculpa antes de soltarla: "Los hijos de puta están en todos los bandos". Se le anticipó Onetti, pero esa frase hubiera debido ser del propio Horacio, pues subyace en toda o casi toda su literatura. También en estos cinco textos. En el primero, "La guerra: un largo paréntesis", de orden autobiográfico, cuenta como sus jóvenes compañeros poetas se involucran en la guerra del lado de la guerrilla. El paradigmático caso de Roque Dalton debió sin embargo, se dice, haberlos hecho reflexionar. Él, por su parte, optó por abandonar el país.

"Breves palabras impúdicas", conferencia que otorga su título al volumen, es una reflexión sobre sí mismo y la escritura. Habiendo nacido en Honduras y crecido en ambos países, con parientes en ambos lados pero no con un muy firme sentido de pertenencia, el autor lo va a encontrar en la memoria, una memoria donde campean los grandes personajes y los hechos violentos. Su primer recuerdo es un bombarzo ante la casa de su abuelo materno, presidente del opositor Partido Nacional hondureño. Hay otros recuerdos heredados. Su bisabuelo paterno, el general José María Rivas, fue fusilado por la dictadura de los Escetas en 1890 y fue expuesta su cabeza empalada. Su tío Jacinto va a despedirse de Farabundo Martí "ante el paredón de fusilamiento".

"Soy un cicloter de ficciones — aclara — no un político metido a redentor". Pero siente que se redime a sí mismo a través de sus relatos donde, de algún modo, salda cuentas con su memoria. Pero "desentrañar el mecanismo de la invención puede ser fatal" y "la purgación de la memoria puede ser sólo una excusa para ficcionar". Su obra literaria, señala al final, es su razón de ser. En "Política, humor y ruptura", el ensayo siguiente (pese al subtítulo del volumen se trata de cinco ensayos; las conferencias suelen verlo),

habla de su relación con la novela centroamericana, su deuda con Miguel Ángel Espino, con el Dalton de Pobrecito poeta que era yo. Son obras que leyó en el momento preciso y no puede ya releerlas con el mismo entusiasmo. Más decisiva es su deuda con los compañeros del novelista guatemalteco Marco Antonio Flores cuyo rudo humor siente más afín que la ironía de otro guatemalteco, Augusto Monterroso, a quien deja entrar sin embargo que considera superior. "Las obras que influyen en un escritor —aclara— no son necesariamente las mejores de la tradición a la que pertenece, sino aquellas que por timing y temperamento lo golpean en el momento preciso".

En "El cadáver es el mensaje, apuntes sobre literatura y violencia", cuenta la ruta de su decepción. Tras diez años de exilio regresa a El Salvador "con la ilusión de que como periodista podía contribuir a la construcción de una cultura de paz". Pero las fuerzas que se habían enfrentado durante la guerra ahogan un esfuerzo periodístico independiente al cual se integra, de la violencia de la guerra se pasa a la violencia simplemente criminal, a la "democratización del crimen"; a los problemas que ya tiene el país, colmado de jóvenes que no saben sino matar y tienen ya la mente distorsionada se suma la llegada del narcotráfico, que saca provecho de esa calificada mano de obra y el escritor, que se refugia en la ficción y saca sus temas de esa realidad cruel, se ve sobrepasado por la realidad. "La realidad se volvió más grosera, sanguinaria". De paso, rechaza para su obra la clasificación de "literatura de la violencia". "La literatura occidental desde sus inicios es una literatura de la vio-

lencia, como lo evidencian los poemas épicos de Homero o las tragedias de Sófocles", señala con acierto.

En el último ensayo, "Lo político en la novela latinoamericana", rechaza para sus obras otra etiqueta, la de "novela política". No es político, afirma, y si la política se filtra en sus novelas es porque la ha vivido desde siempre "como una maldición". Y se libra en seguida a una erudita discusión teórica antes de abordar las novelas que abordan lo político y lo hacen quizás más digerible y comprensible que los políticos, pero, señala, muerta la utopía comunista y perteneciendo al pasado las dictaduras militares de América Latina, esos temas se irán también al pasado, y termina diciendo que sería interesante examinar el tratamiento de lo político en los autores nacidos a partir del 70, a quienes les todo "una democracia que en la mayoría de los países solo ha servido para aumentar la pobreza, la exclusión económica y social, la corrupción y el crimen". La prueba es que tantos "solo quieren largarse".

Estas exposiciones son claras, lúcidas y amenas. Pero ¿lo acompaña siempre la razón? ¿No sería lógico por ejemplo que el futuro nos deparara una extraordinaria novela sobre Fidel Castro, personaje novelesco como ninguno? Pero, más grave aun, si todos nos abandonáramos a ese escepticismo, renunciando a hacer un poco mejor, al menos, el mundo en que vivimos, este no hará sino empeorar. Mas quizás él contribuya a mejorarlo sin pretenderlo o fingiendo no pretenderlo, pues señalar las lacras es función de moralista.

Roberto Lirio







Autores

RAÚL CONTRERAS

Nacido en Cojutopeque en 1896 y fallecido en Madrid, España, en 1996, poeta y diplomático, dejó don Raúl Contreras una obra no muy extensa pero, sin duda, memorable. Bajo el heterónimo de Lidia Nogales, una supuesta joven que falleció de tisis en el volcán de Santa Ana escribió *Niebla* (1956), su más recordado conjunto de poemas. Lidia Nogales dividió a los artistas y escritores de su momento en nogalistas y antinogalistas en una de las raras polémicas intelectuales de aquellos tiempos. Ya antes había don Raúl escrito una obra de teatro en verso, *La princesa está triste* (glosando la *Sonatina* de Dario) y *Versos del ayer*. *Presencia de humo* y *En la otra orilla* completan su obra literaria. No debemos sin embargo olvidar que nos dejó otra herencia de poeta: siendo Director de la Junta Nacional de Turismo creó los principales parques del país, Ichamnichén, Los Planes de Rendón, Los Chorros...

RICARDO ROQUE BALDOVINOS

(San Salvador, 1961). Licenciado en Letras por la UCA, doctor en Letras Hispánicas por la Universidad de Minnesota. Es autor del libro *Arte y parte*, ensayos sobre literatura. Dirigió la revista *Cultura*. Actualmente es profesor del Departamento de Comunicaciones y Cultura de la UCA. Como editor y antólogo ha dado a prensa importantes publicaciones como *Narrativa completa* (3 Volúmenes) de Salarrué (Dirección de Publicaciones e Impresos, cooortiva, 1999) y *Enciclopedia de El Salvador* (Coordinador Editorial, Barcelona, Grupo Editorial Océano, 2000).

ARTURO AMBROGI

Escritor y periodista nacido en San Salvador y fallecido en la misma ciudad (1874-1936). Arturo Ambrogi es uno de los fundadores de nuestra literatura. Su obra comprende: *Bibelots* (1893); *Cuentos y fantasías* (1895); *Mancha, máscara y sensación* (1901); *Sensación crepuscular* (1904); *El libro del Trópico* (1907); *Marginales de la vida* (1912); *El tiempo que pasa* (1913); *Sensaciones del Japón y de la China* (1915); *El*

segundo libro del Trópico (1916); *Crónicas marchitas* (1916); *El jetón* (1938) y *Muestrario* (1955), aparecido póstumamente.

JACINTA ESCUDOS

Escritora salvadoreña. Ha cultivado los géneros de novela, cuento, poesía, crónica y ensayo. Fue escritora residente en la Heinrich Böll Haus de Alemania y de La Maison des Écrivains Étrangers et des Traducteurs de Saint-Nazaire, Francia, ambas en el año 2000. Ganadora de los X Juegos Florales de El Salvador 2001, como cuento, con el libro *Crónicas para sentimentales*, y del I Premio Centroamericano de Novela "Mario Monteforte Toledo" (2003), con su novela *A-B-sudario*, publicada por Alfaguara. Textos suyos aparecen en diversas antologías de América Latina, Estados Unidos y Europa.

JAVIER KAFJE

Narrador y periodista de origen migueloño, Javier Kafje nació en 1982. Estudió Literatura, Cultura y Comunicaciones en la Universidad de Siegen, Alemania. Se desempeña como traductor y redactor y ha vivido la mayoría de su vida fuera nuestro país. Regresó en 2009 y ha desarrollado desde entonces una destacada labor cultural. Tiene un libro de cuentos inédito del cual proviene el que ahora publicamos.

MANUEL VICENTE HENRÍQUEZ

Manuel Vicente Henríquez nació en San Salvador en 1972. Cultiva la narrativa, el ensayo periodístico y el literario. En México fue galardonado con una mención honorífica en el Segundo Certamen Nacional de Ensayo "Agustín Espinoza, S.J." (2000). En el 2002, obtuvo mención honorífica en el Primer Concurso Nacional de Reseñas Literarias (2002), organizado por el periódico *La Jornada de México* y editorial Alfaguara, con una reseña sobre la novela *La Virgen de los Sitirios*, de Fernando Vallejo. Ha sido catedrático en colegios y universidades, impartiendo las materias de lengua, literatura y redacción. Además, se ha desempeñado como consultor en temas de comunicación

institucional. Actualmente sigue escribiendo cuentos, reseñas y artículos de opinión y se desempeña en el área de la comunicación gubernamental.

DIEGO BOQUÍN

Cuentista, poeta y guionista. Nació el 16 de Diciembre de 1989. Promoción 2007 del Colegio Externado de San José. Estudiante de Licenciatura en Comunicación Social, en la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas".

SANDRO STIVELLA

El fotógrafo Sandro Stivella nació en San Salvador en 1973. Ha participado en exposiciones colectivas importantes escenarios (museos, universidades) en Argentina y Costa Rica así como en varias ciudades norteamericanas. Ha realizado numerosas exposiciones individuales tales como *En busca de la mirada* (sala de exposiciones del Teatro Luis Poma, San Salvador) y *La ciudad imaginaria* (Museo Nacional de Antropología "David J. Guzmán", auspiciado por el Fondo de Población de las Naciones Unidas, una y el Museo de la Palabra y de la Imagen, una).

RICARDO LINDO

Escritor salvadoreño nacido en 1947. Director de ARS. Su último poemario publicado: *Bello amigo, atardece...*

HENRI MICHAUX

Autor surrealista nacido en Bélgica en 1899, Michaux muere en París en 1984. Es considerado uno de los más importantes poetas del siglo xx. Entre sus obras contamos *Mis propiedades* (1929), *Pluma* (1938) y *Miserable milagro: Mescalina* (1956). Como podemos advertir por el título precedente, el consumo de drogas alucinógenas marca su literatura. En 1955 adoptó la nacionalidad francesa. En 1965 le fue concedido el Premio Nacional de Literatura de Francia, que se negó a aceptar.

LEO ARGÜELLO

Leo Argüello nació en San Salvador 1956. Es actor y traductor. Desde 1989 reside en Montreal, Canadá, en donde, aparte de su labor de teatrista, desde hace 12 años traduce películas para la televisora francesa internacional TV5 Monde. Residió en los años 80 en México y ha sido miembro fundador de compañías de teatro como *Sol del Río 32*, en el Salvador; *Arteatro*, en México y *Teatro Kanti* en Montreal, entre otras en las que ha participado. Igualmente ejerce la docencia y la puesta en escena teatral. Traduce teatro y poesía por pasión.

Omitimos las microbiografías del Premio Nobel de Literatura 2010, Mario Vargas Llosa, y el Presidente de Estados Unidos, Barack Obama, por considerarlás innecesarias.

La ilustración de la página 26 es obra del pintor Luis Lazo Chaparro y forma parte del Via Crucis que acompaña la tumba de Monseñor Óscar Arnulfo Romero. Las ilustraciones de las páginas 35, 37, 43 y 47 son de Edgardo Quijano y se inspiran en el arte rupestre de nuestro país. Están aquí por cortesía de ambos artistas y, en el caso de Quijano, por cortesía también del Museo de la Palabra y la Imagen.





	<p>200 AÑOS El Salvador 1821-2021</p>	<p>INSTITUTO SALVADOREÑO DE INVESTIGACIONES Y FOMENTO EL SALVADOR</p>
--	--	---